

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE

•
LENIN - Notas sobre Tolstoi.

MONDOLFO - Gérmenes en Bruno,
Bacon y Espinosa de la
concepción marxista
de la historia.

DOMMANGET - La instrucción
pública bajo la Comuna.

•
Año I-N: 2 - BUENOS AIRES Maipú 220

ABRIL 1936

Precio 0.50 cts.

DIALÉCTICA

REVISTA MENSUAL Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES
ARGENTINA

PRECIO DEL EJEMPLAR:
0,50 CTS.

SUSCRIPCIÓN A SEIS
NÚMEROS \$ 2,50

SUSCRIPCIÓN A DOCE
NÚMEROS \$ 5,00

REMITASE EL IMPORTE EN
CHEQUE POSTAL A NOMBRE
DE "DIALÉCTICA"

La revista DIALECTICA aspira a poner al alcance de los estudiosos, con un minimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura.

Universal por la amplitud de su horizonte, DIALECTICA hará accesible una multitud de ensayos y monografías no traducidos jamás al castellano o que aún en el caso de haber sido traducidos, continúan siendo una rareza de bibliófilos.

En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer, — mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado, — los caminos que conducirán a la liberación del hombre.

* * *

En la realidad como en el espíritu, no es posible ascender de una etapa a otra sino negando y anulando. «El No — decía Hegel — es la palanca del devenir». Pero la negación que la dialéctica impone no es destrucción ni aniquilamiento. De la cultura que agoniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguirá.

Y así, negando y afirmando, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen los distingos de la teoría y de la práctica. Aspera es la ruta por la cual nos echamos hop a caminar. Pero el viejo Heráclito, que entrevió la dialéctica, ahí está para enseñarnos todavía que la lucha — polemos — es la madre de las cosas.

DIALÉCTICA

AÑO I - N.º 2

ABRIL 1936

Notas sobre Tolstoi

por Lenin.

I. - TOLSTOI, ESPEJO DE LA REVOLUCION RUSA

Publicado en 1908, en el "Proletari", con motivo del 30 aniversario del nacimiento de Tolstoi.

A primera vista puede parecer extraño y artificial unir el nombre de este gran artista con la Revolución, que él manifiestamente no ha comprendido y de la que se separó públicamente. No se puede llamar espejo de un fenómeno a aquello que no lo refleja exactamente. Pero nuestra revolución (1) ha sido un fenómeno extraordinariamente complicado; entre sus participantes y realizadores, hubo muchos elementos sociales que tampoco comprendieron claramente lo que pasaba, que también se separaron de las verdaderas tareas históricas planteadas por el desenvolvimiento de los sucesos. Y puesto que nos enfrentamos a un artista verdaderamente genial, es evidente que ha debido contemplar por lo menos ciertos aspectos de la Revolución. La prensa rusa legal, repleta de artículos, cartas y noticias referentes al octogésimo aniversario de Tolstoi, no se interesa en absoluto en el análisis de sus obras, desde el punto de vista de la revolución rusa y de sus fuerzas motrices. Toda esta prensa está llena, hasta provocar náuseas, de hipocresía. De una doble hipocresía, hipocresía del Estado e hipocresía liberal. La primera es la grosera hipocresía de los escritores venales, que ayer tenían orden de perseguir a Tolstoi y hoy de buscar en él al patriota, para guardar así las "apariencias" ante Europa. Todo el mundo sabe que se paga a estos escribidores por sus artículos, y no pueden engañar a nadie. Mucho más refinada — y por lo mismo más dañina y más peligrosa — es la hipocresía liberal. Si se los escuchase, los "Balalaikines" (2) de la Rietch (3) tendrían la simpatía más cálida y total por "el gran" Tolstoi. Pero en realidad, esas

(1) Lenin se refiere a la de 1905.

(2) Abogado charlatán y sin principios de la obra "Meditaciones sensatas", de Salytkof-Schedrin.

(3) Periódico del partido Constitucional Democrata.

declaraciones y frases redundantes sobre "el gran buscador de Dios" no son más que falsedades, porque el burgués ruso no tiene ni fe en el Dios de Tolstói, ni simpatía por la crítica de Tolstói al régimen existente. El liberal ruso se cuida de no oponerse abiertamente a un nombre popular, para multiplicar su capital político, para desempeñar el papel de jefe de la oposición pan-nacional; trata de sofocar, bajo el retumbe de sus frases, la necesidad de una respuesta directa y clara a esta pregunta: ¿De dónde vienen las evidentes contradicciones del tolstoianismo? ¿Qué debilidades y qué defectos de nuestra revolución reflejan ellas?

Las contradicciones en las obras, en la doctrina, en las opiniones, en la "escuela" de Tolstói son, en efecto, extraordinarias. Por una parte un artista genial, que no solamente pinta cuadros incomparables de la vida rusa sino que también ha dado a la literatura mundial obras de primer orden. Por la otra, un terrateniente, que representa el papel de "simple de Dios" (1). Por una parte, una protesta enérgica, directa y sincera contra la hipocresía y las falsedades sociales; por la otra, un "tolstoiano", es decir ese gastado e histérico tonto llamado "el intelectual ruso", que, golpeándose el pecho dice: "Soy un malvado, soy un villano; pero me ocupo de mi autopereccionamiento moral: no como carne y sólo me alimento con almóndigas de arroz". Por una parte, una despiadada crítica de la explotación capitalista, la denuncia de las violencias del Estado, de la farsa de los tribunales y del gobierno, la denuncia de toda la profundidad de las contradicciones entre el crecimiento de la riqueza y de las conquistas de la civilización, frente al crecimiento de la miseria, del salvajismo y de las torturas de las masas trabajadoras. Pero por la otra, el inocente que predica la "no resistencia al mal" frente a la violencia. Por una parte, el "realismo más racional", el desmascaramiento más crudo; por la otra, la predica de una de las cosas más innobles que existen en el mundo, o sea, la religión; la tendencia a reemplazar los curas funcionarios por los curas de vocación, es decir la creación de un clericalismo más refinado y por lo mismo más repugnante. En verdad:

Eres miserable, y eres abundante,
Eres poderosa y no tienes fuerza,
Madre Rusia (2)

Con tales contradicciones, es evidente que Tolstói no podía comprender ni la revolución rusa ni el movimiento obrero y su función en la lucha por el socialismo.

Sin embargo, esas contradicciones en las opiniones y doctrina de Tolstói no son una casualidad: son la expresión de las condiciones contradictorias en que se encontraba la vida rusa en el

(1) "Inocentes" de las aldeas, medio-tontos a quienes el pueblo consideraba santos.

(2) Versos del poema de Nekrasof, "Aquellos para quienes es buena la vida en Rusia".

último tercio del siglo diecinueve. El campo patriarcal que acababa de librarse de la servidumbre, había sido literalmente abandonado al pillaje del capital y del fisco. Los antiguos principios de la economía y la vida campesinas, mantenidos durante siglos, fueron demolidos con una rapidez increíble. Es necesario juzgar las contradicciones de Tolstói no desde el punto de vista del movimiento obrero contemporáneo y del socialismo moderno, (una tal valoración, naturalmente, es indispensable, pero no es suficiente), sino desde el punto de vista de la protesta contra el capitalismo en marcha, contra la creciente ruina de las masas despojadas de la tierra; protesta que debía ser levantada por el campo patriarcal ruso. Tolstói es simplemente ridículo en tanto que profeta descubridor de nuevas fórmulas "para la salvación de la humanidad"; por eso dan lástima los tolstoianos extranjeros y rusos que han querido convertir en dogma este aspecto, precisamente el más débil, de su doctrina. Tolstói es grande como portavoz de las ideas y de los estados anímicos de millones de campesinos rusos, en el momento de la llegada a Rusia de la Revolución Burguesa. Tolstói es original porque sus ideas, perjudiciales en bloque, expresan precisamente en su conjunto, las particularidades de nuestra revolución, en tanto que revolución burguesa campesina. Desde este punto de vista, las contradicciones existentes en la obra de Tolstói, son un verdadero espejo de las condiciones contradictorias en que estaba colocada, dentro de nuestra revolución, la actividad histórica de los campesinos. Por un lado, los opresores siglos de la servidumbre y los decenios de ruina acelerada, después de la Reforma (1), habían acumulado montañas de odio y de desesperada decisión. El deseo de barrer hasta las últimas raíces de la Iglesia oficial, los terratenientes, y el gobierno de los terratenientes: de abolir las antiguas formas y tipos de propiedad territorial, de limpiar la tierra en una palabra; de crear, en lugar del estado policiaco y de clase, una comunidad de campesinos libres e iguales, estos deseos atraviesan como un hilo rojo toda la acción histórica de los campesinos durante nuestra revolución. Y es indudable que todos los escritos de Tolstói responden mucho más a esos deseos campesinos que al "anarquismo cristiano" abstracto, como se llama algunas veces al sistema de sus ideas.

Por otro lado, el campesino, al aspirar a nuevas formas de comunidad adoptaba una posición bastante ingenua, patriarcal, una actitud de "inocentes" de aldea, frente a las preguntas de qué tipo de lucha sería necesario librar para conquistar la libertad; qué jefes podría tener en esa lucha; cuáles eran los sentimientos de la burguesía y de la "inteligentzia" burguesa frente a los intereses de la revolución campesina, y porqué era necesario derribar por la violencia al régimen zarista para poder anular el derecho de propiedad de los señores terratenientes.

La vida pasada había enseñado a los campesinos a odiar al señor y al funcionario; pero no les había enseñado—ni hubiera podido hacerlo—dónde buscar la respuesta a esas preguntas.

(1) Abolición de la servidumbre, el 19 de Febrero de 1861.

Una pequeña parte del campesinado luchó efectivamente en nuestra revolución, organizándose para ello, por poco que haya sido; una parte todavía más pequeña se levantó, armas en mano, para combatir contra sus enemigos, los servidores del Zar y los defensores de los terratenientes. Pero la enorme mayoría del campesinado ¡lloró y rezó, razonó y fantaseó, escribió reclamaciones y envió delegados, exactamente dentro del espíritu de León Nicolaevich Stoltoi! Y como siempre ocurre en tales casos, la renuncia a la política, su rechazo de la política, su falta de interés y comprensión de la política, hicieron que sólo una minoría siguiese al proletariado consciente y revolucionario, y que la mayoría fuera fácil presa de esos intelectuales burgueses serviles y sin principios, que, con el nombre de Cadetes (1) corrían de las asambleas trudovíckis (2) a las antecámaras de Stolypin (3); que mendigaban, negociaban, conciliaban o prometían conciliación, hasta que fueron echados de un puntapié de bota militar. Las ideas de Tolstoi son el espejo de la debilidad e insuficiencia de nuestra insurrección campesina, el reflejo de la blandura del campesino patriarcal y de la innata pusilanimidad del mujik.

Tomad las insurrecciones de soldados de 1905-1906. La posición social de estos luchadores era intermedia entre la del campesino y la del proletario. Estos últimos estaban en minoría; por ello es que el movimiento de los soldados no muestra ni de lejos ese espíritu de cohesión, esa conciencia de partido manifestada por el proletariado que, como a una señal dada por un movimiento de batuta, se convierte en social-demócrata. Por otra parte no hay opinión más errónea que la que atribuye el fracaso de los movimientos de soldados a la falta de dirigencia entre los oficiales. Al contrario; el progreso gigantesco de la Revolución, desde los tiempos de la Narodnaia Volla (4), se manifestó precisamente en el hecho de que fue "la ignorante bestezuela de carga" (5) quien se apoderó de los fusiles, asustando por su independencia tanto a los señores terratenientes como a los oficiales liberales. El soldado estaba lleno de simpatía por la causa de los campesinos; sus ojos se iluminaban al oír la palabra "tierra". En más de una oportunidad pasó en las tropas el poder a las manos de la masa de soldados; pero no hubo casi decidida utilización de ese poder; los soldados dudaban; después de un par de días, a veces de algunas horas, después de haber matado a un jefe odiado, ponían en libertad a los restantes; entraban en arre-

(1) Partido Constitucional Demócrata, llamado "cadete" por las iniciales de su doble nombre: K. D.

(2) "Grupo laborista", formado en la duma por los diputados campesinos sin partido, partidarios de la plataforma revolucionaria y en particular de la confiscación de las tierras señoriales.

(3) Stolypin (1862-1911), ministro del interior en 1906; presidente, después, del Consejo de Ministros.

(4) "Voluntad Popular", organización popular revolucionaria fundada en 1879, y que colocaba en el primer plano la lucha política contra el absolutismo. No sobrevivió al asesinato de Alejandro II, organizado por ella.

(5) Sobrenombre dado a los soldados.

glos con el poder; y se dejaban fusilar y apalear, o se ataban nuevamente al yugo. ¡Exactamente dentro del espíritu de León Nicolaevich Tolstoi!

Tolstoi ha reflejado el odio nacido del sufrimiento, el desecho, por fin madurado, de porvenir mejor; el desecho de librarse del pasado, y la inmadurez de las divagaciones, la falta de educación política, la blandura revolucionaria. Las condiciones económico-políticas explican la necesidad del surgimiento de la lucha revolucionaria de las masas y su falta de preparación para esa lucha, su tolstoiana "no-resistencia" al mal, que fué la más seria de las causas de la derrota de la primera campaña revolucionaria.

Se dice que los ejércitos derrotados aprenden con ello. Desde luego que la comparación entre clases revolucionarias y ejércitos no es justa sino en un sentido muy limitado. A cada hora que pasa, el desarrollo del capitalismo modifica y hace más agudas las contradicciones que empujaron a la lucha democrático-revolucionaria a millones de campesinos, unidos por el odio contra los terratenientes, que los habían mantenido en servidumbre, y contra su gobierno. Entre los propios campesinos, el aumento de los cambios y del poder del dinero, hundió cada vez más las viejas costumbres patriarcales y la ideología filosófica patriarcal.

Pero hay una conquista de los primeros años de la revolución y una experiencia de las primeras derrotas de las masas en su lucha revolucionaria, que es indudable: es el golpe mortal que se asesta a la antigua blandura y debilidad de las masas. Las líneas de separación se hacen más hondas. Las clases y los partidos se delimitan. Bajo el martillo de las lecciones de Stolypin, y gracias a la agitación obstinada y organizada de los social-demócratas revolucionarios, no sólo el proletariado socialista sino también las masas democráticas de campesinos, darán militantes cada vez más aguerridos, cada vez menos capaces de caer en nuestro pecado histórico del "tolstoianismo".

II. - L. N. TOLSTOI

Publicado en noviembre de 1910 en "El Social-demócrata".

León Tolstoi ha muerto (1). Su importancia universal de artista, su fama mundial de predicador y pensador reflejan, cada una a su manera, la trascendencia mundial de la Revolución Rusa. León Tolstoi se hizo conocer como gran escritor desde la época de la servidumbre. En una serie de obras geniales, que compuso en el curso de una larga carrera literaria de más de medio siglo, describió principalmente la vieja Rusia anterior a la revolución, estancada, aun después de 1861, en un estado de semiservidumbre; la Rusia aldeana, la Rusia del gran propietario rural y del campesino. Al describir este período de la vida histórica del país,

(1) Tolstoi murió el 7 de noviembre de 1910.

Tolstói supo plantear en sus libros una cantidad tal de problemas, alcanzó tal grado de potencia artística, que sus obras se situaron en la primera línea de la literatura internacional. La obra preparatoria de la revolución, en un país oprimido por los señores, apareció, gracias a la genial pintura de Tolstói, como un paso adelante en el desarrollo artístico de la humanidad entera.

Tolstói no es conocido como artista sino por una infima minoría, aun en la propia Rusia. Para que su grandiosa obra se convierta realmente en un bien común, es necesario luchar, ahora y siempre, contra el orden social que condena a millones y decenas de millones de hombres a las tinieblas, al embrutecimiento, al trabajo forzado y a la miseria; es necesario realizar la revolución socialista.

Tolstói no es únicamente un creador de obras de arte que las masas apreciarán y leerán eternamente cuando — después de haber roto el yugo de los terratenientes y de los capitalistas — se hayan creado condiciones de vida realmente humanas, sino que también ha sabido reflejar, con una fuerza extraordinaria, el estado espiritual de amplias capas populares oprimidas por el régimen actual, describir su situación, expresar su espontáneo sentimiento de indignación y protesta. Tolstói, que pertenece sobre todo a la época que va de 1861 a 1904, ha dado vida en sus libros con un relieve extraordinario — como artista y como pensador y predicador — a las particularidades históricas de la primera Revolución Rusa, íntegramente, con toda su fuerza y su debilidad.

Una de las principales características de nuestra revolución consiste en que ella ha sido una revolución burguesa campesina, en una época en que el capitalismo había ya alcanzado en todo el mundo un grado de desarrollo extraordinariamente elevado — relativamente elevado aun en la propia Rusia —. Fué una revolución burguesa porque tenía como finalidad inmediata derrocar a la autocracia zarista, la monarquía de los zares, y destruir la propiedad feudal de los señores; pero de ninguna manera anular la dominación de la burguesía. Los campesinos — principalmente ellos — no tenían conciencia de esto último, no se daban cuenta de cual era la diferencia entre el fin y los objetivos más próximos e inmediatos de la lucha. Pero fué al mismo tiempo una revolución burguesa campesina porque las condiciones objetivas pusieron en un primer plano el problema de la transformación de los fundamentos mismos de la vida campesina, el derrumbe del antiguo sistema feudal de propiedad, la tarea de "abrir el camino" para el capitalismo. Las condiciones objetivas empujaron a las masas al terreno de la acción histórica, en forma más o menos independiente.

Las obras de Tolstói muestran el vigor y la debilidad, la mezquindad y la fuerza precisamente de los movimientos de la masa campesina. Su protesta cálida, apasionada, a veces despiadadamente acerba contra el Estado y la Iglesia traducen los sentimientos de la democracia campesina primitiva, en cuyo seno largos siglos de servidumbre, de arbitrariedad, de bandolerismo ad-

ministrativo, de jesuitismo eclesiástico, de mentiras y despojo, habían acumulado montañas de cólera y odio. Su negación intransigente de la gran propiedad agraria privada, refleja la psicología de la masa campesina en un momento histórico en el que el secular sistema medioeval de propiedad territorial — se tratase de los señores, o de la corona — se había convertido en un intolerable obstáculo para el desarrollo del país, y estaba por lo tanto destinado a una despiadada destrucción. Sus denuncias incansables del capitalismo, llenas de la más profunda y vehemente indignación, expresan todo el terror del campesino patriarcal que siente acercarse un nuevo enemigo, al que no ve ni comprende, que viene de alguna parte, de la ciudad o del extranjero, para destruir las bases mismas de la vida rural, trayendo una ruina sin precedentes, la miseria, el hambre, la prostitución, la sífilis, todos los azotes de la "época de la acumulación primitiva", agravadas al centuplo en la tierra rusa por la implantación de los más modernos métodos de pillaje elaborados por el "Sr. Cupón".

Pero al mismo tiempo el apasionado acusador, el gran crítico, muestra una profunda incompreensión de las causas de esa crisis que se abatía sobre Rusia y de los medios para salir de ella. Una incompreensión sólo concebible en un ingenuo campesino patriarcal, pero no en un escritor instruído a la europea. La lucha contra el Estado señorial y policíaco, contra la monarquía, se trasformó en Tolstói en la negación de la política, hizo nacer la doctrina de la no-resistencia al mal y terminó con su total alejamiento de la lucha revolucionaria de las masas en 1905-1906. El combate contra la Iglesia-Estado se ligó con una nueva religión más refinada, es decir con un nuevo veneno para las masas oprimidas, más purificado y sutil. La negación de la gran propiedad agraria privada lo condujo no a la concentración de la lucha contra el enemigo real, la propiedad territorial de los señores, y contra su instrumento de poder político, la monarquía, sino a suspiros soñadores, vagos e impotentes.

La denuncia del capitalismo y de las plagas que trae a las masas, coexistió con una actitud profundamente apática frente a la lucha mundial liberadora efectuada por el proletariado socialista internacional.

Las contradicciones de Tolstói no son las de un pensamiento estrictamente personal: son el reflejo de las condiciones complejas y contradictorias, influencias sociales y tradiciones históricas que determinaban la mentalidad de las diversas clases y capas de la sociedad rusa en una época "posterior" a la Reforma pero "anterior" a la Revolución.

No es posible, pues, dar un juicio justo sobre Tolstói si no es colocándose en el punto de vista de la clase, que, por su función política y su lucha desde el momento de la revolución, demostró su misión de jefe en el combate por las libertades populares y por la liberación de las masas explotadas; de la clase que demostró su devoción indiscutible por la causa democrática y su capacidad para combatir la estrechez de espíritu y la inconse-

cuencia de la democracia burguesa (incluso la campesina). Este juicio no es posible sino desde el punto de vista del proletariado socialista.

Ved el juicio y la apreciación de Tolstói tal como fue dado por los periódicos gubernamentales. Vierten lágrimas de cocodrilo, proclaman su respeto por "el gran escritor", pero al mismo tiempo defienden al "Santo Sínodo". Y los santos padres acababan de cometer una villanía repugnante enviando en secreto varios popes junto al moribundo, a fin de embaucar al pueblo y hablar del "arrepentimiento" de Tolstói. El Santo Sínodo ha excomulgado a Tolstói. Tanto mejor. Se tendrá en cuenta ese hecho cuando llegue el momento del castigo popular a los funcionarios de sotana, a los gendarmes de Cristo, a los oscuros inquisidores que fomentaban los pogroms y las otras "buenas acciones" de la banda zarista de los Cien Negros (1).

Ved la apreciación de Tolstói tal como la hacen los periódicos liberales. Salen de apuros con las frases vacías que son especialidad de los liberales, con esos lugares comunes universitarios, como "la voz de la humanidad civilizada", "el eco mundial unánime", "las ideas de la verdad y del bien", etc., a propósito de los que Tolstói había, tan fuerte y justamente, estigmatizado la ciencia burguesa. Es que ellos no pueden hablar claramente, no pueden expresar claramente su punto de vista sobre las opiniones de Tolstói acerca del Estado, la Iglesia, la propiedad privada, el capitalismo, no porque la censura se lo prohíba —al contrario esta les da un pretexto para salir de apuros— sino porque cada afirmación de la crítica tolstoiana es una bofetada al liberalismo burgués; porque el enunciado abierto, intrepido, implacablemente áspero de los problemas más dolorosos y malditos de nuestro tiempo, deshace a golpes las frases hechas, las contorsiones, las mentiras evasivas y civilizadas de nuestro periodismo liberal (y liberal populista). Los liberales están con toda su alma por Tolstói y contra el Santo Sínodo; pero al mismo tiempo están con los... vekhovskys (2), con quienes "se puede discutir" "antes" de acomodarse en el seno del partido, "antes" de colaborar con ellos en el terreno político y literario. Los liberales dan una gran importancia a que "Tolstói fué una gran conciencia". ¿No es esta una de las mil frases vacías que repiten la Novoié Vremia (3) y sus semejantes? ¿No es esta una escapatoria a los problemas concretos del socialismo y la democracia, planteados por Tolstói? Esto equivale a poner en primer plano lo que expresaba los prejuicios de Tolstói y no su razón; lo que en él pertenecía al pasado y no al futuro, su negación de la política y su homilía del perfeccionamiento moral; y de ninguna manera su vehemente y fundamental protesta contra toda dominación de clase.

Tolstói ha muerto: la Rusia de ayer, cuya debilidad e impotencia fué expresada en la filosofía y pintada en la obra de este artista genial, se ha hundido en el pasado. Pero su herencia contiene elementos que lejos de pertenecer al pasado, auguran el futuro. El proletariado ruso toma posesión de esta herencia, y la adopta. El explicará a las masas de trabajadores y explotados cual era el sentido de la crítica tolstoiana al Estado, a la Iglesia, a la propiedad privada, no para que las masas se reduzcan a un "auto-perfeccionamiento interior", y a lamentaciones, sino para que se rebelen y asesten un nuevo golpe a la monarquía zarista y a los terratenientes apenas lastimados en 1905, a los que se trata ahora de derrocar para siempre. El proletariado explicará a las masas el sentido de la crítica tolstoiana al capitalismo para que ellas, lejos de maldecir el capital y el poder del dinero, aprendan a apoyarse, en cada etapa de su lucha y de su existencia, en las conquistas técnicas y sociales del capitalismo; aprendan a unirse en un solo ejército de millones de combatientes socialistas que derumbarán el régimen capitalista creando una nueva sociedad sin miseria popular y sin explotación del hombre por el hombre.

III. - LEON N. TOLSTOI Y EL MOVIMIENTO OBRERO CONTEMPORANEO

Publicado en diciembre de 1910 en la revista "Nuestra Vida".

Los obreros de casi todas las grandes ciudades de Rusia han reaccionado ante la muerte de León Tolstói y expresado, de una u otra manera, su actitud frente al creador de una serie de extraordinarias obras de arte y frente al pensador que planteó con una fuerza inmensa, con sinceridad y convicción, numerosas cuestiones relativas a los rasgos fundamentales del actual orden político y social.

Esta actitud ha encontrado su sintética expresión en el telegrama enviado por los diputados obreros de la DII Duma, y que ha sido reproducido en casi todos los periódicos (1).

León Tolstói empezó a escribir durante el régimen de la servidumbre, cuando esta época entraba manifiestamente en sus últimos días. Su actividad esencial se ubica en el período de la historia rusa comprendido entre dos cambios: los años 1861 y 1905. Durante ese lapso de tiempo los restos de la servidumbre, sus supervivencias, penetraban íntimamente en la vida económica (sobre todo en el campo) y política del país. Pero simultáneamente fué precisamente esta la era del rápido crecimiento del capitalismo y de su forzada implantación desde el gobierno.

¿En qué se manifestaban las supervivencias de la servidum-

(1) He aquí el texto del telegrama dirigido a V. V. Cherkov, "La fracción social-demócrata de la Duma del Estado, intérprete de los sentimientos del proletariado ruso e intelectual, se siente profundamente afligida por la desaparición del artista de genio, del luchador intrasfuentemente e invencible contra la Iglesia Oficial, del enemigo de lo arbitrario y de la servidumbre, que ha levantado a su vez contra la pena de muerte, del amigo de los perseguibles".

(1) Organización antirevolucionaria que organizaba pogroms contra los intelectuales y los obreros.

(2) Grupo formado alrededor de la revista "Los Jalones", 1909, en la que colaboraban los representantes de la "Inteligentia" burguesa, caracterizada por Lenin como "la enciclopedia del renegadismo liberal".

(3) "El Tiempo Nuevo".

bre? Ante todo — y con mayor nitidez — en el hecho de que en Rusia, país esencialmente agrícola, la agricultura se encontrase en manos de campesinos arruinados y miserables, que persistían en modos de cultivo ya superados, primitivos, sobre las fracciones de tierra de la época de la servidumbre, disminuidas en 1861 en provecho de los señores. En otras partes, la agricultura estaba en las manos de los terratenientes que, en la Rusia Central, cultivaban las tierras por medio del trabajo de los campesinos, del arado campesino, del caballo campesino, a cambio de las "concesiones de tierra", de los abrevaderos, de la siega, etc. En la práctica, era el viejo sistema económico de los tiempos de la servidumbre. También el régimen político ruso, durante estos años, estaba impregnado del espíritu de la servidumbre. Esto surge de toda la organización del Estado, hasta las primeras tentativas de modificación (iniciadas en 1905), de la influencia predominante de los grandes señores terratenientes sobre todos los asuntos del país, y de la omnipotencia de los funcionarios, también ellos reclutados, especialmente para los altos cargos, entre la aristocracia campesina.

Después de 1861, esta vieja Rusia patriarcal comienza a deslocarse rápidamente bajo la acción del capitalismo mundial. Los campesinos, hambrientos, diezmados, arruinados como nunca, huían hacia las ciudades abandonando las tierras. Gracias al "trabajo barato" de los campesinos arruinados se construyeron, a un ritmo acelerado, ferrocarriles, fábricas y usinas. El gran capital financiero, el gran comercio, la gran industria, comenzaron a tomar vuelo en Rusia.

Y es precisamente este desquiciamiento, penoso y agudo, de toda la antigua base de Rusia, lo que se refleja en las obras del artista Tolstói y en las opiniones del pensador Tolstói.

Tolstói conocía a la perfección a la Rusia patriarcal, la vida del gran propietario agrario y del campesino. Ha hecho en sus libros descripciones de esa vida que pertenecen a las obras de la literatura mundial. La destrucción violenta de las "antiguas bases" de la Rusia campesina aguzó su atención, profundizó su interés por los sucesos que veía ocurrir a su alrededor, y determinó una ruptura en su total concepción del mundo. Tolstói pertenecía, por su nacimiento y su educación, a la alta nobleza terrateniente rusa: rompió con la opinión corriente en su medio y, en sus últimas obras, realizó una crítica apasionada contra el orden establecido en los dominios eclesiástico, social, económico y del Estado, fundado en los servidumbre de las masas y sobre su miseria, sobre la ruina de los campesinos y de los pequeños propietarios en general, sobre la violencia y la hipocresía que impregna de arriba a abajo toda nuestra vida actual.

La crítica de Tolstói no es nueva. No ha dicho nada que no hubiera sido expresado ya, en la literatura europea y rusa, por aquellos que se habían puesto del lado de los trabajadores. Sin embargo, la originalidad de la crítica tolstoiana y su importancia histórica consiste en que ella traduce, con una fuerza de la que son capaces sólo los artistas de genio, la transformación de las

ideas de las masas populares rusas durante el período indicado, y especialmente de la Rusia aldeana, campesina.

La crítica tolstoiana del régimen actual se diferencia de la que hoy hacen al mismo régimen los representantes del movimiento obrero contemporáneo en que Tolstói se coloca en el punto de vista del ingenio campesino patriarcal cuya mentalidad trasporta a sus críticas y a su doctrina. Si la crítica tolstoiana se distingue por la fuerza sentimental extraordinaria, por su pasión, si es tan extraordinariamente fresca, persuasiva, sincera, intrépida en su deseo de penetrar "hasta las raíces", de encontrar la verdadera razón de la desgracia de las masas, es porque refleja efectivamente un cambio en la opinión de millones de campesinos, que acaban de escapar a la servidumbre y de llegar a la libertad, y que se aperiben que esta "libertad" significa nuevos cúmulos de ruina, la muerte por inanición, una existencia sin tranquilidad en los bajos fondos de las ciudades. Tolstói expresa ese estado de espíritu con tal fidelidad, que engloba en su doctrina toda su ingenuidad, su alejamiento de la política, su misticismo, su deseo de apartarse del mundo, la "no resistencia al mal", las impotentes maldiciones al capitalismo y al "poder del dinero". La protesta de millares de campesinos y su desesperación. Estos dos elementos están fundidos en las enseñanzas de Tolstói. Los representantes del movimiento obrero contemporáneo encuentran que ellos tenían razón para protestar pero no para *desesperarse*. La desesperación corresponde a las clases agonizantes; mientras que la clase de los asalariados aumenta, se desarrolla y se fortalece ineluctablemente en toda sociedad capitalista, en Rusia como en otra parte. La desesperación corresponde a los que no comprenden las causas del mal, que no ven ninguna salida, que son incapaces de luchar. El proletariado industrial contemporáneo no está entre esas clases.

Traducción de R. Goffi.
Notas de V. Pozner y A. P.

Gérmenes en Bruno, Bacon y Espinosa del concepto marxista de la historia

por Rodolfo Mondolfo

En la III de las glosas a Feuerbach publicadas por Engels como apéndice a su escrito "Luis Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", Carlos Marx aplicaba a la explicación del proceso de desenvolvimiento de la historia su concepto de "praxis" (1), que sintetiza su propia solución del problema de la

(1) Es decir, su concepto de la actividad.

realidad objetiva, del conocimiento y de la vida social humana, escribiendo contra las utopías reformadoras de los materialistas tipo Helvecio (1) y Owen (2):

"La teoría materialista del cambio de las condiciones y de la educación olvida que el ambiente es cambiado por el hombre y que el educador mismo debe ser educado. Debe, pues, dividir la sociedad en dos partes, de las cuales una es superior a la otra.

La coincidencia del cambio del ambiente y de la actividad humana, o la autotransformación, no puede concebirse y entenderse racionalmente sino como praxis revolucionaria".

De este concepto de la "umwälzende Praxis" (3) el significado esencial no era aprehendido por Feuerbach, que sin embargo había vislumbrado en la continuidad del proceso histórico —que la humanidad recorre en su marcha— un desarrollo determinado por el impulso de la necesidad; no lo había aprehendido, porque el significado pleno de aquel concepto podía afirmarse solamente en una visión crítico-práctica de la humanidad y de su historia; es decir, en una visión que no fuera ni pura negación y repudio de la historia, como en Feuerbach, ni sólo interpretación teórica, como en la mayoría de los filósofos, sino también y especialmente acción concreta, es decir, inserción de la propia actividad en la realidad del proceso histórico (4).

Esa es precisamente la posición característica del problema de Marx: "Los filósofos —dice la glosa XI— sólo han interpretado diversamente el mundo; pero se trata de cambiarlo". La interpretación que se limite y se detenga en sí misma es pura teoría y por consiguiente abstracción; es anatomía que sólo puede diseccionar el inerte cadáver; mientras que la acción es, si, necesariamente también conocimiento e interpretación, pero debe asir la vida en su actividad funcional para poder insertarse eficazmente en ella e imprimírle nuevas direcciones. Para comprender la realidad es necesario vivirla; pero vivirla no es ser espectadores inertes o negadores desdeseños, sino actores operosos. Ahora —dice Marx— para obrar sobre la realidad se necesita indudablemente entenderla (exigencia crítica); pero —agrega— no se la entiende verdaderamente sino obrando sobre ella (exigencia práctica); la reciprocidad de estas dos exigencias forma la unidad dialéctica de la concepción crítico-práctica de la historia. Según ésta, el proceso de la historia resulta un continuo vuelco de la praxis humana, un constante movimiento dialéctico de oposiciones y negaciones, una lucha ininterrompida. ¿Por qué? Porque toda actividad sólo surge de una insatisfacción, del sen-

timiento de una estrechez y de una necesidad, es decir, de un contraste entre las exigencias vivas e impelentes, suscitadas y estimuladas por la realidad misma, y las condiciones excitadoras, contra las cuales aquellas chocan.

Este móvil impulsivo de la necesidad está en las raíces de la historia, porque está ya en toda la naturaleza y en toda la vida, tanto de los animales como del hombre; pero de las raíces pasa a todo el curso de la historia misma de las sociedades humanas y constituye su móvil propulsivo. También en la vida orgánica Marx ve (según una concepción activa del evolucionismo, más bien lamarckiana que darwiniana) un desarrollo de "fuerzas", que en cada fase del propio desenvolvimiento se sistematizan en "formas", que constituyen en la relación con las condiciones naturales externas suscita y libera progresivamente fuerzas nuevas (esto es, nuevas necesidades y nuevas exigencias de conservación y de crecimiento) las pone en contraste con la insuficiente correspondencia de las mismas formas orgánicas ya constituidas. Así, para el evolucionismo tal como Marx lo entiende (verdadera historia, de la cual la especie es actora y creadora, y no simple producto o resultado pasivo) todo el desarrollo natural no es pasiva adaptación al ambiente, sino actividad de lucha por la vida, que luchando produce una continua superación, una progresiva transformación de las fases ya alcanzadas; es decir, es —según el descubrimiento que en "El capital" (libro I, cap XV) Marx atribuye a la teoría de la evolución— una historia de la "tecnología natural", vale decir, de la formación de los órganos de las plantas y de los animales, considerados como medios de producción para su "vida". Pues bien, este mismo proceso, que constituye la historia natural de los organismos, para Marx constituye también la historia de las sociedades humanas, de la cual precisamente deduce la concepción afirmada. También en la historia hay "fuerzas" vitales que, desarrollándose, van, bajo el estímulo de la necesidad, a chocar contra las "formas" ya alcanzadas, y en esa lucha determinan su superación y transformación.

La historia para Marx es tal (es decir, movimiento interior y cambio progresivo) en cuanto es continuo estallido de conflictos entre las fuerzas productivas en creciente desarrollo y las relaciones ya existentes de propiedad y producción.

Por eso es sobre todo lucha de clases; y en ésta el desarrollo de las fuerzas productivas está estrechamente ligado, como efecto y causa al mismo tiempo, al desarrollo de los medios de producción. El interés histórico de este desarrollo tecnológico reside precisamente en su esencial conexión con el desarrollo de las fuerzas productivas, y por consiguiente de las relaciones y de las luchas de clases, que son para Marx momentos fundamentales de la historia humana. "La historia de los órganos productores del hombre social (agrega Marx en el citado pasaje de "El capital") ¿acaso no sería también digna de tales investigaciones? ¿No sería más fácil llevar tal empresa a buen término ya que, como dice Vico, la historia del hombre se distingue de la de la naturaleza en el hecho de que nosotros hemos forjado aquella y

(1) Helvecio o Helvetius (1775-1771), filósofo francés, autor "Del hombre" y "Del Espíritu". Esta última obra fué quemada en público por un decreto del Parlamento de París a causa de sus marcadas tendencias materialistas. Inútil decir que al hablar aquí de materialismo se entiende el materialismo abstracto, mecánico y no histórico, anterior al materialismo dialéctico e histórico.

(2) Roberto Owen (1771-1858), reformador y sociólogo inglés. Director de una fábrica, introdujo notables mejoras en beneficio de los obreros y de los niños.

(3) Actividad transformadora.

(4) Cfr. R. Mondolfo *Sulle orme di Marx*, vol. II, Feuerbach e Marx.

no ésta? La tecnología aclara el modo de acción del hombre frente a la naturaleza, el proceso de su vida material, y por ende el origen de las relaciones sociales y de las ideas o conceptos intelectuales que de él derivan. Así, en el materialismo histórico se supera el materialismo abstracto de las ciencias naturales, que no tiene en cuenta alguna el desenvolvimiento histórico".

Para Marx, pues, este desenvolvimiento histórico es entendido y visto en su concreción sólo en cuanto esté basado en la consideración de los hombres como factores de la historia, de los hombres considerados en la plena realidad concreta de su ser natural y social. El móvil propulsor de la acción humana, en la vida y en la historia, son las necesidades ("la necesidad da a los hombres la fuerza", escribe Marx en polémica con Kriege, 1846): las necesidades que son sucesivamente suscitadas y dirigidas por las condiciones históricas en las cuales los hombres viven, y que a su vez determinan y dirigen la acción, siempre en relación con esas condiciones históricas. La frase del prefacio de la "Crítica de la economía política", "la humanidad se fija solamente los fines que puede alcanzar", expresa cabalmente el convencimiento de esta conexión y dependencia. "La tarea y el fin mismo — agrega Marx — aparecen solamente allí donde las condiciones materiales para alcanzarlos existan ya o por lo menos se encuentren en su proceso de desarrollo". Con esto Marx alude también a otro aspecto de la concepción crítico-práctica de la historia junto a lo que paladinamente expresa; es decir, no aclara sólo la constante dependencia de las condiciones y de los medios existentes, en la cual siempre se encuentran los fines en cuanto a las direcciones y a las proporciones que asumen, sino que fija también la exigencia de la confianza en la efectividad de los mismos fines, como condición necesaria para que ellos asuman el carácter práctico de fines, es decir, para que la acción sea estimulada y puesta en movimiento. Toda posición de fines es un principio de acción, y toda acción es siempre una afirmación de confianza en la efectividad del fin propuesto, es decir, en la posibilidad de conseguir la satisfacción de la exigencia motora, en la fecundidad (próxima o remota) del dispendio de fuerzas en que consiste la acción; la desconfianza en el resultado, el convencimiento de la vanidad o, lo que es peor, de la nocividad de los esfuerzos, detiene la acción; y cualquiera que sea el malestar presente, en vez de determinar el progresivo desarrollo del curso de la historia produce su estancamiento en fases de suspensión y de disolución.

En esta multiplicidad de aspectos y de elementos que presenta la concepción crítico-práctica de la historia, delineada por Marx, se revela su profundidad y constante adherencia a la realidad del proceso histórico; la exigencia de la indisolubilidad del hacer y del conocer, del vivir y del interpretar, del transformar y del entender, significa, para cada uno de estos binomios, unidad y dependencia recíproca (no unilateral y unívoca) de ambos términos entre sí; tesis y antítesis que sólo en la unidad dialéctica de la síntesis tienen su realidad concreta y viva. En esto está, pues, al mismo tiempo el valor teórico y la eficacia práctica de tal concepción, la cual sólo podía surgir en la mente de un

pensador que fuera hombre de acción y de un hombre de acción que fuera pensador, y que perteneciera además a una edad en la cual, entre condiciones de malestar y de impaciencia vastamente difundidas, fermentaran vivamente tendencias de crítica y exigencias de renovación y de transformación.

Por esa última consideración, precisamente, podemos plantear el problema de establecer si y en qué medida otras edades de luchas y de fermentos renovadores hicieron germinar en la conciencia de alguno de sus más eminentes representantes algún embrión de concepción crítico-práctica de la historia. Concepción eminentemente historicista, presupone, pues, como he mostrado en otra parte (1), el vivo conocimiento de la función histórica, ejercida por la herencia del pasado; y es por consiguiente más fácil que aparezca en los casos en los cuales el problema de la renovación abarque un campo y un proceso de desarrollo que en la sucesión de sus momentos revele más claramente la constante presencia y acción de los momentos anteriores. Esto ocurre particularmente en los casos en que los resultados del pasado se conviertan en medios para las conquistas futuras, como sucede en el desenvolvimiento del conocimiento y de la tecnología humana. Y no habrá que sorprenderse, por lo tanto, de encontrar en el momento histórico del Renacimiento y en la iniciación de la edad moderna, en Bruno, Bacon y Espinosa la posición de problemas y la afirmación de conceptos en los cuales la intuición de la "unvollendete Praxis" se pronuncia parcialmente, y se va delineando. Puesto que el período histórico al cual ellos pertenecen es un período de vigoroso impulso y arrojado para la conquista de caminos antes cerrados y de campos todavía inexplorados en el mundo del conocimiento y en el de la acción; es un período férvidamente ansioso de conocer y de poseer, de entender y de dominar la realidad, de penetrarla intelectualmente y de plegarla prácticamente a los propios fines y necesidades. Es un período en el cual la exigencia de la libre actividad del pensamiento indagador está en íntima conexión con la de la traducción del conocimiento teórico en potencia práctica. En este ve Bruno (2) la característica del hombre: "Los dioses (se dice en el "Spaccio") dieron al hombre el intelecto y las manos y lo hicieron similar a ellos, dándole facultad sobre los otros animales; ésta consiste no sólo en poder obrar según la naturaleza y ordinariamente, sino también fuera de sus leyes, así que — formando o pudiendo formar otras naturalezas, otros cursos, otros órdenes, con el ingenio, con esa libertad sin la cual no existiría tal similitud —, pudiera mantenerse dios de la tierra" (3). Bacon (4) ve y afirma aún más netamente que "ciencia et potentia in idem coincidunt" (ciencia y potencia coinciden); que "quod in contemplatione instar causae est, id in operatione instar regu-

(1) *Revolutionärer Geist und historischer Sinn*, en "Archiv. f. Geschichte", Leg. v. Grünberg, vol. VI, y en *Sülle orme di Marx*, 3 vol. II.

(2) Bruno, Giordano (1550-1600) filósofo italiano. Fraile dominico en su juventud, abrazó más tarde la Reforma. Panteísta sutil, atacó la autoridad de la Iglesia en materia filosófica, no admitiendo más juez que la evidencia.

(3) Cfr. *Dialoghi morali*, ed. Gentile, p. 143.

(4) Bacon, Franciso (1560-1626), filósofo inglés, gran conde de Jacono I. Se lo considera como a uno de los fundadores del método experimental

lae est" (lo que en la contemplación es semejante a la causa, en la acción es semejante a la regla); que la "scientia naturalis" es también "designatio novorum operum" (designación de nuevas obras) (1); de modo que el tratado "de interpretatione naturae" (sobre interpretación de la naturaleza) es también un tratado "de regno hominis" (del reino del hombre).

He ahí por qué también el problema del desarrollo del conocimiento humano tiende a aparecer ligado y afín con el del desarrollo de la tecnología, o casi él mismo como problema de tecnología, en cuanto la mente humana y su potencia intelectual aparecen como el "instrumentum instrumentorum" (instrumento de los instrumentos), y el método o proceso que ella aplica resulta el instrumento o el "organon" del cual se sirve. El desarrollo tecnológico, pues, en la evolución natural de los animales como en la evolución histórica de la humanidad, es justamente una sucesión de momentos, en la cual cada punto de llegada marca siempre un nuevo punto de partida; cada resultado se convierte de continuo en medio de nueva producción; cada presente se revela constantemente generador del futuro, por cuanto él mismo ha sido engendrado por el pasado y contiene en sí el producto como fuerza operante e instrumento eficaz para acciones y conquistas nuevas. Y, por lo tanto, en el mismo momento en que el Renacimiento y la iniciación de la edad moderna se presentan tendidos en un esfuerzo de emancipación intelectual del yugo del medioeval principio de autoridad, no se ponen siempre en actitud de negadores del pasado y de su valor, sino que afirman también el principio historicista de la continuidad y de la dependencia de las edades nuevas de las antecedentes, también (hasta a veces sobre todo) cuando se rebelan contra estas últimas en nombre de sus propias exigencias vitales.

He ahí cabalmente cómo ocurre que el problema nuevo, característico de esta edad, sea el problema del progreso: problema de interpretación y de innovación a la vez, por lo que la exigencia de entender el mundo humano se identifica con la de cambiarlo. Todo esto en un terreno bien distinto, naturalmente, del de las luchas sociales, en el cual se concentra más tarde la atención de Marx; pero, como éste nota justamente, los problemas y los fines que cada edad se propone están ligados con las particulares condiciones históricas que le son propias. El concepto, pues, de progreso se introduce cabalmente, con Bruno y con Espinosa (y en parte también con Bacon), como visión de un proceso dialéctico de la historia: visión de una actividad de superación, que debe ser a la vez asimilación y antítesis de las condiciones ya logradas. Nosotros, dice Bruno en la "Cena delle ceneri", somos más viejos y tenemos más larga edad que nuestros predecesores, es decir, podemos saber más que ellos y superar el punto que ellos alcanzaron; pero con una condición: que no hagamos como esas edades de estancamiento y de decadencia, que no vivieron los años pretéritos y, lo que es peor, vivieron muertas sus propios años" (2).

(1) *Notum organum*, I, 1, 3, 8.

(2) *Dialoghi Metafisici*, ed. Gentile, pp. 18, 23-29. Cfr. Mondolfo *Per una visione realistica del problema del progresso in Nuova rivista storica*, 1929.

Vivir los años pretéritos significa asimilar vitalmente los resultados y productos de la actividad de las generaciones precedentes; pero esto no es posible sino viviendo "vivos" los años propios, o sea, afirmando la propia exigencia de vida en la acción que supera y trasmuta las formas de vida ya logradas. Entender es vivir, pero vivir es superar. Es la exigencia que expresa después Marx; para comprender verdaderamente la realidad no se trata sólo de querer interpretarla, sino de querer cambiarla (glosa XI); de la intuición pura es necesario pasar a la praxis y entender el significado que los revolucionarios dan a la actividad crítico-práctica (glosa I).

También Bacon expresaba, si bien menos vigorosamente que Bruno, la misma exigencia cuando, siguiendo las huellas de éste, afirmaba la necesidad de una vitalidad, que no pretenda ser negación y repudio de una dependencia vital del pasado, de donde se ha originado y alimentado, sino que afirme al mismo tiempo la independencia igualmente vital de la propia actividad y del propio ulterior desarrollo.

Las generaciones, hijas del Tiempo (o sea de la historia) no deben, en nombre de la novedad, pretender reducir a la nada y eliminar la antigüedad, imitando en el error al pasado que pretenda negar los derechos del porvenir; pero no deben tampoco detenerse en la innóvil reverencia hacia el pasado mismo, sino proceder adelante animosamente: "non restitandum sed alacriter progrediendum" (no detenerse sino progresar prestamente). ("De argumentis scientiarum", I, 38). Pero lo que Bacon presenta como justo medio entre dos extremos o errores contrarios, en Bruno está más lúcida e intuitivamente como unidad y dependencia retroproca de dos momentos igualmente necesarios, es decir, del entender y del superar, ambos condicionados por la actividad vital, que es asimilación y transformación al mismo tiempo.

El concepto de que sólo quien vive los años propios (es decir, siente la exigencia del ulterior movimiento libre) puede revivir los años pretéritos, es efectivamente el mismo de Marx, es decir, que sólo quien quiere cambiar puede verdaderamente comprender, o sea, que sólo el revolucionario es verdadero intérprete de la historia. Concepto más profundo que el expresado por Bacon, porque viene a unir más sólidamente el pasado con el porvenir en la continuidad de la historia, o sea la tesis y la antítesis en la unidad de la síntesis, concepto que en Bruno aparece en la observación de que a través de la sucesión de las edades las conquistas no deben simplemente acumularse (crecimiento extensivo), sino convertirse continuamente en aumento de fuerzas y de capacidades (crecimiento intensivo).

Esta conversión de los resultados en instrumentos de ejercicio de las energías, y por ende de desarrollo de su potencia de acción, aparece ligada a la actividad vital, incontente en las faixas protectoras que intentaran aprisionarla, y muestra mejor, al mismo tiempo, el carácter dialéctico del proceso en el cual dicha actividad vital se desenuclea.

Proceso dialéctico, ya en cuanto es continua superación, ya en cuanto es incesante conversión de los resultados en instrumentos, es decir, en acrecentamiento de potencia que se trasmuta a su vez en conquista de resultados nuevos, los cuales se con-

vierten a su vez en órganos de ulteriores producciones en un inintermittido proceso infinito, que es precisamente el que Marx llama de la "umwälzende Praxis". Todo problema de desarrollo y de transformación histórica halla en este proceso su solución concreta, y al mismo tiempo aparece siempre asimilable e identificable con el problema de la tecnología, en el cual justamente Marx esquematiza — en la parte ya recordada de "El capital" — todo devenir histórico de la humanidad.

Esta asimilación esquemática había sido también intuida por los pensadores que hemos nombrado. Las expresiones de Bacon antes citadas muestran cuan persuadido estaba íntimamente de que el problema de la conquista del saber (que para él es problema de potencia del hombre) fuera esencialmente un problema de tecnología, en cuanto que el método de la investigación es un instrumento (organon) y la mente que lo crea y lo utiliza es ella misma el "instrumentum instrumentorum" que forja y pone en acción todos los otros instrumentos de la potencia humana de dominio sobre las fuerzas naturales. Pero Bacon recogía la inspiración de este concepto quizás en Bruno, quien había visto en el "Spaccio", como se ha recordado, la unidad entre la acción del intelecto y la de la mano: "ha determinado la providencia que (el hombre) esté ocupado en la acción por las manos y en la contemplación por el intelecto, de manera que no contemple sin acción y no obre sin contemplación" (143).

El desarrollo intelectual es así también desarrollo tecnológico, como el tecnológico es también desarrollo intelectual.

Por eso tal vez Espinosa (1) era llevado a considerar perfectamente idéntico el problema que se refiere al conocimiento y el que concierne a la tecnología: el primero no se conquista sin el instrumento seguro de un método verdadero, como la segunda no obtiene sus resultados sin los instrumentos materiales apropiados; pero como el método verdadero no se puede, a su vez, poseerlo sin conocimiento, ni el instrumento sin industria, y por otra parte como el hombre, en el estado primordial, no posee ni el uno ni la otra, ¿cómo podrá nunca llegar a forjarse los instrumentos intelectuales y materiales indispensables para tales producciones? Aquí está, en otro terreno, el problema ante cuyas dificultades naufragaban las utopías reformadoras que Marx critica en la IIIª glasa a Feuerbach. La reforma del ambiente supone los reformadores, ¿pero dónde surgirán éstos si para llegar a ser tales necesitan ser antes reformados por el ambiente? He aquí el problema del proceso histórico como está ya delineado por Espinosa con el ejemplo típico de la tecnología (2): "para forjar el hierro se requiere un martillo, y para tener un martillo es necesario fabricarlo, para lo cual hay necesidad de otro martillo y de otros instrumentos, y así hasta el infinito; de modo que cualquiera podría intentar probar que los hombres no tienen ninguna posibilidad de forjar el hierro".

(1) Espinosa, Benito (1632-1677), filósofo holandés descendiente de una familia de judíos portugueses. Autor de la "Ética", expuso una filosofía pan-teísta, según la cual todo es efecto de la necesidad.

(2) De *intellectus emendatione* en *Opera*, ed. V. Vloten y Land. 1921, p. I, 3-4, 30. Cfr. Mondolfo, *Espinosa e la nozione del progresso umano*, en "Rivista di filosofia", 1927.

¿Cómo se resuelve el problema aparentemente insoluble? Espinosa responde: "como los hombres con los instrumentos con-génitos han podido, primeramente, aunque con grandes dificultades y de modo imperfecto, realizar las obras más fáciles, y cumplidas éstas lograron otras más difíciles con menor fatiga y con mayor perfección, y así, gradualmente, procediendo de las obras más simples a los instrumentos, y de éstos a otras obras y a otros instrumentos, llegar al punto de poder realizar con poca fatiga tantas obras y tan difíciles. Así también el intelecto por su fuerza nativa se crea los instrumentos intelectuales con los cuales conquista nuevas fuerzas para nuevas obras intelectuales, y de estas obras nuevos instrumentos, o sea la capacidad de investigar más allá; y así avanza grado a grado hasta alcanzar la culminación de la sabiduría".

Así, la insolubilidad, que estaba en la formulación abstracta del problema, desaparece en la concreción del proceso histórico, que es de transformación continua de los resultados en instrumentos, es decir, en capacidades nuevas, que significan siempre nuevas exigencias y nuevos fines, a los que responden ulteriores creaciones, representantes a su vez de medios siempre mayores. El productor (hombre), convirtiéndose así continuamente en producto (en cuanto los resultados de su obra se transforman en potencias intelectuales y materiales para nuevas conquistas) alimenta e intensifica la propia esencia y función del productor, y así se crea y forja paso a paso a sí mismo y los medios y las condiciones de su ulterior desarrollo. Es el proceso de la "um-wälzende Praxis", el único que puede dar razón de la coincidencia continua entre el variar de la actividad humana y el variar de las condiciones exteriores de su acción.

Pero en esta presentación del desarrollo de la tecnología como caso típico de cada desarrollo histórico de la humanidad, en lo que Espinosa precede con bastante anticipación a Marx, aparece también otro concepto, que Bruno ya había intuido. Todo desarrollo histórico se basa siempre en el hombre y en su actividad viva, y por eso no tolera límites ni cristalización de sus fuerzas en las formas del pasado; pero la actividad no vive y no se despliega si no está excitada por la necesidad. Marx sacaba este concepto de Feuerbach; pero ya Bruno había explicado el desarrollo progresivo con esta misma causa operante:

"Puesto que entre ellos (hombres) han nacido las dificultades, resurgido las necesidades, se han aguzado los ingenios, inventado las industrias, descubiertos las artes; y siempre, de día en día, por medio de la necesidad, de la profundidad del intelecto humano se excitan nuevas y maravillosas invenciones. Por lo que, alejándose siempre más y más, por las solícitas y urgentes ocupaciones, del ser bestial, más altamente se aproxima al ser divino" ("Spaccio", 144).

Pero esta visión del proceso histórico, que también encontramos en Feuerbach, representaría, en su generalidad, una ley que excluye excepciones o desviaciones, mientras que el propio Bruno reconoce la existencia de períodos en los cuales la fuerza creadora y transformadora del hombre permanece ociosa y vana "como inútil es el ojo que no ve o la mano que no coge". ¿Cómo puede acaecer esto? Es decir, ¿cómo la realidad concreta de la

historia puede aparecer diversa de la ley de tendencia antes formulada?

También aquí Bruno entrevé una explicación que después será delineada más claramente por Marx. En la actividad humana Bruno ve ("Spaccio", 129-131) insito un esencial carácter "económico", un motivo y fundamento utilitario, por lo cual la previsión del "provecho" y la confianza en el "éxito benéfico" la suscitan y la promueven, pero la desconfianza y la previsión del daño la frenan y la detienen. "La humanidad —dirá Marx— se propone solamente los fines que puede alcanzar", o que cree poder alcanzar.

En los varios puntos de la concepción crítico-práctica de la historia, por lo tanto, el pensamiento del siglo XVII presenta gérmenes precursores; que no significan por cierto que la concepción de Marx dependa de ellos, porque probablemente fueron, si no ignorados, inadvertidos por él. Pero la anticipación que nos interesa no era absolutamente asunto de fuentes, sino de reconocimiento de parciales analogías de orientación en correspondencia con parciales analogías de condiciones históricas. Con Marx los miembros dispersos se unifican en vital y sólido organismo; la visión genérica se concreta en la aplicación de la "umwalzende Praxis" a la realidad histórica determinada; el hombre abstracto de la teoría del progreso se precisa en la sociedad concreta dividida en clases, las cuales personifican y tornan viva en sí la antítesis de pasado y futuro, de condiciones logradas y de exigencias transformadoras, que la filosofía del siglo XVII planteaba todavía con la más genérica indeterminación. También aquí la diversidad de las concepciones está coligada con la diversidad de las condiciones históricas: el principio que Marx afirma para las tareas y los fines que la humanidad se propone, vale también para los problemas y para las soluciones relativas, que nos aparecen siempre proporcionadas con los tiempos y las condiciones históricas, entre las cuales y de las cuales surgen.

Traducción del italiano por
M. Alberti. Notas de A. P.

La Instrucción Pública bajo la Comuna

por Maurice Dommanget.

I. — LAS CONDICIONES DIFÍCILES DEL MEDIO

Apenas tres días después de la victoria de los federados (1), uno de los amigos de Augusto Blanqui (2), Casimiro Bonis, presintiendo las dificultades con las que la Comuna iba a tropezar, recurría a los hombres de buena voluntad para el trabajo de de-

(1) Nombre de los soldados de la Comuna. Para refrescar los recuerdos del lector, diremos que poco tiempo después de que París se rindió a los Prusianos (enero 20 de 1871), estalló en la capital un vasto movimiento popular (18 de marzo), débilmente apoyado por las provincias, que instauró durante

fensa y de construcción: "manos a la obra, los que todavía están de pie! Manos a la obra, los que puedan todavía trabajar y combatir.... obreros que manejaís la herramienta, escritores que manejaís la pluma, soldados que manejaís la espada! La tarea será ardua, trabajadores! La tarea de la paz y de la resurrección.... Manos a la obra, todos, capitanes y marineros, porque habrá todavía tempestades en nuestras velas y escollos bajo las olas" (3).

Si hay un dominio en el cual la "tarea de la resurrección" aparecía como particularmente ardua, era en el dominio cultural, en la edificación de la Instrucción pública.

Todo estaba por hacer o por rehacer. Y desde luego, era necesario andar ligero. Apremiaba transformar la instrucción primaria en laica y profesional conforme a las resoluciones votadas por el Internacional en sus congresos de Lausana (1867) y de Bruselas (1868). Era necesario impulsar la educación política del pueblo y poner a su disposición los parques, las riquezas artísticas y científicas que alcanzaban precedentemente sólo a los privilegiados de la fortuna. Era necesario organizar, controlar los establecimientos de enseñanza superior sobre bases que se aproximaran al ideal socialista.

Todo esto en los peores momentos, en medio del desorden creado por la brusca partida o el sabotaje de los altos funcionarios, o el ruido del cañón, al resplandor de los incendios, sin el concurso de los elementos simpáticos que permanecían en provincia, en una ciudad aislada del resto del mundo y apenas requesta de un sitio doloroso, con medios financieros irrisorios, casi nulos.

En estas condiciones, no corresponde esperar maravillas de la Comuna desde el punto de vista cultural, tanto más cuanto que trabajó al día, sin plan de acción, a remolque de los acontecimientos. Conviene no olvidar tampoco que la Comuna duró en total setenta y dos días con una preocupación dominante: la lucha contra Versalles, si se exceptúa el período de asombro, desconcierto e ilusiones del principio.

Para apreciar en su justo valor la obra cultural de la Comuna, no basta pues encarrar solamente los estrechos límites que le estaban fijados por el tiempo y el espacio, es necesario consi-

seta y dos días la primera dictadura del proletariado que se conoce en la historia. Ante el triunfo de la insurrección, el jefe del gobierno, Adolfo Thiers, huyó de París y se instaló en Versalles. Desde allí envió sus ejércitos para sitiar a la ciudad revolucionaria. A pesar de la resistencia magnífica de los obreros parisienses, la Comuna debió rendirse a los de Versalles después de una batalla en las calles que duró ocho días (del 21 al 28 de mayo de 1871). La ferocidad con que Thiers castigó a los insurrectos es solo comparable a la barbarie con que, no hace mucho, Lerroux-Gil Robles restablecieron el "orden" en Asturias.

(2) Blanqui Luis Augusto (1805-1891). Desde el levantamiento de 1839, la vida de Blanqui transcurrió entre revoluciones y presidios. Partidario de sectas y corporaciones, creó en las minorías revolucionarias y en los golpes por sorpresa. Condenado a prisión por haber atentado el 31 de octubre de 1870 contra el gobierno de la Defensa Nacional, no pudo por lo tanto intervenir en la Comuna que estalló en marzo del año siguiente. Con todo, su influencia fué bastante grande en dicho movimiento.

(3) *Le Cri du Peuple*, del 21 marzo de 1871.

derar que la Comuna era, en primer lugar, "una harricada". Debió vivir primero. "Primo vivere". La cultura vendría después.

II. — EL DELEGADO DE LA ENSEÑANZA Y SU METODO

El delegado de la Enseñanza, Eduardo Vaillant, era un hombre muy instruido, que había pasado por la Escuela Central de París, las Universidades de Heidelberg, de Tubinga y de Viena, y que había estado en relaciones con Ludwig Feuerbach, cuya influencia sobre Carlos Marx — como se sabe — fue muy grande. Al mismo tiempo, Eduardo Vaillant era un militante ecléctico que pertenecía a la Internacional y mantenía relaciones con los principales blanquistas cuyos puntos de vista revolucionarios compartía. Era el hombre necesario para el puesto.

De hecho, Vaillant no se hizo cargo del departamento de enseñanza hasta el 21 de Abril. Tuvo, como auxiliar, una comisión de seis miembros instalada en el Hotel de Ville. Los servicios administrativos continuaban centralizados en la calle Grenelle, "en el ex Ministerio de Instrucción Pública".

Lo que realmente hizo esta Comisión, se ignora todavía en el momento actual, dada la insuficiencia de la documentación sobre la Comuna. Ninguno de sus miembros, ni siquiera el dulce poeta J. B. Clément, — que escribió, sin embargo, artículos sobre la Comuna en diarios socialistas — nos ha dejado datos sobre el particular. Pero es increíble que Vaillant haya decidido todo por su cuenta y sin referir a sus camaradas al menos las principales medidas que aparecieron en el "Oficial" con su firma. Se puede inducir que la Comisión ha deliberado sobre los problemas esenciales. Sin embargo, en razón de las tareas importantes que asumían en otros sectores, los miembros de la Comisión no pudieron ciertamente profundizar las cuestiones fundamentales que se planteaban. Es por eso que Vaillant se **veyo obligado a alentar** ampliamente todas las iniciativas, inaugurando como lo ha escrito Jorge Bourgin lo que se podría llamar "el método sindicalista" (1).

Estimuló por eso, los trabajos de la "Educación nueva", sociedad que se reunía dos veces por semana en la Escuela Turgot y que preconizaba la enseñanza laica, obligatoria y gratuita para los dos sexos con aplicación del método experimental. El 23 de Abril, Vaillant hizo un llamado "a todas las personas que han estudiado la cuestión de la enseñanza integral y profesional", a fin de obtener por escrito sus sugerencias. De este llamado surgió la Comisión "de organización de la Enseñanza", con los ciudadanos André, Dacosta, Manier, Rama y Sanglier. Vaillant quiso reorganizar también la enseñanza médica recurriendo a los interesados: doctores, enfermeros, profesores libres, estudiantes. Cada una de estas categorías debía reunirse separadamente y designar diversos mandatarios investidos de poderes, que formularían un proyecto de reorganización. El 5 de Mayo, Vaillant nombró al ciudadano Ernesto Mollé comisario administrativo en el Museo de Historia Natural con la misión de reunir al Director y

(1) BOURGIN, *Histoire de la Commune*, p. 110, "Bibliothèque Socialiste", n.º 41-42, París, 1907.

a los profesores para la reapertura de las clases y para tomar, de común acuerdo, todas las medidas que garantizaran a la vez "los intereses del público y los del establecimiento". En fin, Vaillant alentó los esfuerzos de la Federación Artística.

Desgraciadamente, en el dominio capital de la enseñanza primaria, Vaillant no pudo apoyarse sobre ninguna organización de maestros. A estos últimos, que habían aprovechado el fervor revolucionario de 1848 para agruparse bajo diferentes formas; y que se habían constituido en asociaciones en muchos departamentos la víspera de la guerra, no se les ocurrió crear una asociación corporativa capaz de defenderlos y al mismo tiempo de ayudar al poder nuevo a desembarazar la Escuela de las influencias clericales y burguesas. Más de cien maestros fueron condenados, sin embargo, por los Consejos de Guerra de Versalles, como partidarios más o menos confesados de la Comuna, lo que hace pensar que tal vez un grupo de ese carácter hubiera llegado a constituirse. Es asombroso que Vaillant no haya suscitado la formación de dichas agrupaciones.

III. — LA FALTA DE TECNICOS

Para tener una idea del trabajo de la Comuna en el dominio cultural, es necesario examinar sucesivamente los esfuerzos de Vaillant y de las municipalidades de barrio en favor de la enseñanza popular; la obra de la Comuna en el dominio de las Bellas Artes y de la Ciencia; lo que ha tentado, en fin, en el sentido de la educación política de las masas.

Vaillant y la Comisión de Enseñanza estaban solicitados, en primer lugar, por una tarea esencial: organizar la enseñanza primaria. Miembros como Verdure, Demay, Lefébre, J. B. Clément, J. Miot, Urbain, Courbet, Vallés, Leroy, que compusieron la Comisión en diferentes ocasiones, ¿qué sabían de ese problema? Nada, probablemente. Sin duda, Vallés era un viejo auxiliar de enseñanza, Verdure y Urbain viejos maestros de escuela, pero es necesario decirlo, las preocupaciones de orden político y periodístico parecen haber dominado hasta entonces, en los dos primeros sobre todo. No tenían una visión clara de lo que se podía y debía llevarse a cabo. Hasta se puede pensar que no conocían la literatura socialista en lo que se refiere a esta cuestión y que habían leído, sin prestar atención, las resoluciones de la Internacional a propósito de la "Instrucción Integral" que comprende a la vez "la ciencia y el aprendizaje de tal modo a todos los hombres que, de cerca o de lejos, desempeñaron un papel bajo la Comuna, que no sabían encontrar un contenido concreto para tales fórmulas. Entre los mismos miembros de la Comuna, Gustavo Lefrançais y Allix eran sin duda los únicos que se habían entregado a una investigación en este sentido.

No debe extrañarse pues, que Vaillant se haya visto atado por las dificultades que resultaban de la falta de competencia y se explica mejor así su pedido de colaboración, llamado a las buenas voluntades.

Este recurso, este apoyo exterior era tanto más necesario,

cuanto que la Comuna ponía a la disposición de Vaillant medios insignificantes. Desde el 30 de Marzo hasta el 30 de Abril, fueron destinados ¡mil francos a la Enseñanza!, sobre los 7.290.000 francos que provenían del Banco de Francia.

IV. LOS ESFUERZOS DE VAILLANT EN FAVOR DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

Se puede seguir fácilmente los esfuerzos de Vaillant para transformar la enseñanza en laica y profesional, a través de sus decretos, sus notas y sus circulares aparecidos en el "Oficial".

Primeramente el decreto del 28 de Abril que afirma la necesidad "de organizar en el más breve plazo la enseñanza primaria y profesional sobre un modelo uniforme en los diversos distritos de París". Vaillant alienta también el laicismo "en todo lugar donde no se ha efectuado todavía".

El antiguo local de los Jesuitas, en la calle Lhomond (V distrito) fué arreglado enseguida con intención de establecer una escuela profesional que pudiera recibir niños a partir de los 12 años. Por otra parte, la antigua escuela de dibujo de la calle Dupuytren, cerrada poco antes, fué abierta nuevamente y transformada en "Escuela profesional de arte industrial para señoritas", teniendo como directora a la ciudadana Parpolet, profesora de modelado.

El 14 de Mayo, Vaillant pidió a las municipalidades la restitución a la enseñanza de locales todavía ocupados por materiales ajenos a las escuelas. Algunos días más tarde, reclamó de ellas toda clase de informes sobre los locales susceptibles de ser utilizados para la enseñanza profesional.

El 11 de Mayo todavía Vaillant intimó a las municipalidades la orden de hacer desaparecer de las escuelas todos los signos de la enseñanza religiosa, tales como crucifijos, madonas "y otros símbolos", cuya presencia "ofende la libertad de conciencia". Estaba especificado que se haría un inventario de los objetos de ese orden en metal precioso y que se enviarían a la Casa de Moneda.

Pero Vaillant se dió cuenta de que no podría realizar una verdadera transformación laica en las escuelas mientras hubiera, por un lado, maestros de congregaciones, y por otro, inspectores del antiguo régimen, nutridos con la ideología religiosa.

El 13 de Mayo, entregó la inspección de las escuelas en manos de los miembros de la Comisión de Enseñanza y de delegados "provistos de un poder especial".

Reclamó de las municipalidades por otra parte, una lista del personal laico y congregacionista a fin de conocer a los maestros rehacios y, sin duda, a fin de ver en qué medida podía operarse su licenciamiento. Se ve que Vaillant estaba guiado por el propósito de conciliar la implantación rápida del laicismo y el deseo de no privar bruscamente de maestros a un número demasiado grande de escuelas.

Todo esto no dejaba de inquietar y, digámoslo, de impacientarse a los miembros y a los partidarios de la Comuna, para los cuales la licenciamiento no iba bastante ligero. Ya la sección de las Grandes-Carreras (18^o) de la Internacional había votado una moción pidiendo que la Comuna decretara "la enseñanza prima-

ria, laica y profesional, como obligatoria y gratuita en todos sus grados".

Los blanquistas, cuya lucha antirreligiosa era, por así decirlo, una especialidad, tampoco debaban de recriminar. Para satisfacer a unos y a otros, Vaillant el día 14 de Mayo, en una nota a las municipalidades, refrendada por el Comité de Salud pública, dió la orden de romper toda resistencia al establecimiento de la instrucción laica y arrestar a los congregacionistas y a los recalitrantes que se negaran a inclinarse. En fin, la Comuna misma decretó el 18 de Mayo, de acuerdo a la proposición de la Delegación de la Enseñanza: "Dentro de las cuarenta y ocho horas, será levantado un inventario de todos los establecimientos conservados todavía por los congregacionistas, a pesar de las órdenes de la Comuna.

"Los nombres de los miembros de la Comuna delegados a la Municipalidad del distrito donde las órdenes de la Comuna relativas al establecimiento de la enseñanza exclusivamente laica no hayan sido ejecutadas, serán publicados cada día en el "Oficial".

Esta medida vigorosa llegó demasiado tarde. La Comuna no tenía más que seis días de vida!

V. — LA OBRA ESCOLAR DE LAS MUNICIPALIDADES DE DISTRITO

Nos queda, ahora, por examinar la obra escolar de las municipalidades. Es una empresa bastante delicada a causa del estado de la documentación. Algunos textos nos permiten, asimismo, darnos cuenta de los esfuerzos realizados en muchos distritos.

En la III^a, Arnaud, Demay, Dupont y Pindy aseguraron la gratuidad del material desde el 18 de Abril, y a partir del 23 de Abril comiaron a maestros laicos las tres escuelas congregacionistas de las calles Ferdinand - Berthoud, Neuve-Bourg - l'Abbé y Béarn. Las religiosas de la escuela de la calle Vieille - du - Temple "habiéndose huido ante la Comuna", la Municipalidad del III^o se apoderó del local que habían ocupado, se lo apropió e hizo un orfanato donde los niños de los dos sexos pudieron recibir "cuidados esmerados" al mismo tiempo que una instrucción moral y libre. Gracias a esta creación, la Municipalidad pudo comprometerse, en un llamado insertado en el "Oficial", a educar los niños de los guardias nacionales que sucumbieran, "en la veneración del coraje de sus padres y en el odio a la opresión". Es digno de notarse un designio original: a fin de no aislar a estos niños del resto de la sociedad, la Municipalidad se proponía agregarles "externos".

En el IV^o, la Municipalidad lanzó el 12 de Mayo una proclama a las familias para hacer resaltar que la instrucción es a la vez un derecho absoluto para el niño y un deber imperioso para la familia o, en su defecto, para la sociedad. El llamado afirma el principio de la neutralidad escolar y hace del laicismo la consecuencia de este principio. Anuncia que todos los congregacionistas han sido apartados de las escuelas públicas del distrito y que frecuentes inspecciones permitirán asegurar que la enseñanza religiosa quedará, en adelante, excluida.

El VIII° distrito se distingue gracias a Allix. Todo un trabajo de estadística basado sobre los "bonos de carne" permite darse cuenta hasta qué punto era grande la inasistencia escolar. Las escuelas viejas fueron conservadas, y proyectada una escuela llamada "nueva". Allix nombró directora de esta escuela a una de sus antiguas alumnas. Los cursos debían ser públicos "a fin de que los padres y los profesores pudieran asistir a su gusto". Allix fundó una escuela-asilo para los huérfanos y los jóvenes sin trabajo y una escuela normal de gimnasia. Se proponía además crear clases provisionales en todos los barrios como preparatorias de las escuelas nuevas.

En el X°, la escuela del arrabal Saint-Martin fué abierta el 24 de Abril, después de su transformación laica, para todos los niños de seis a quince años sin distinción de nacionalidad. Su director, el ciudadano Poiron, licenciado en derecho, daba todos los jueves a la tarde un curso público "de moral racional y de derecho político".

En el XII° recién el 25 de Abril la municipalidad solicitó el concurso de todos los maestros laicos para reemplazar a los curas y hermanas de las escuelas cristianas que habían abandonado su puesto. Una nota de la municipalidad en el "Diario Oficial" dice enfáticamente:

"Todos reconocerán que jamás nos ha sido ofrecida una ocasión más solemne de inaugurar definitivamente la instrucción laica gratuita y obligatoria; la ignorancia y la injusticia ceden lugar, en adelante, a la luz y al derecho". Parece que los ediles del XII° se contentaron con usar estos clichés.

En el XIV°, la municipalidad creía poder afirmar el 17 de Mayo que en razón de su vigilancia y de la poca simpatía experimentada con respecto al personal religioso, ningún representante de este personal encontraba "refugio" en su distrito.

El XVII° tenía por delegado de la Instrucción al ciudadano Rama, miembro de la Comisión de organización de la Enseñanza.

Rama se ocupó de una "solución teórica y práctica" para el problema de las escuelas congregacionistas. En un manifiesto refrendado por Benito Malon y dirigido a los maestros y maestras, Rama desarrolla las razones que combaten, según él, en favor de la neutralidad religiosa en la escuela. Admitía "que en todos los tiempos y en todos los países se ha abusado, aún con la mayor buena fe del mundo, de la ignorancia y de la inocencia del niño para inocularle, por medio del ejemplo, de la violencia y del hábito, las prevencciones y los sentimientos de injusticia y de odio que conducen a los desórdenes sociales y a las guerras". Esto es reconocer el carácter político de la escuela; es admitir que ha sido, hasta entonces, un instrumento de esclavitud entre las manos de las clases dominantes.

Rama recomienda a los maestros: a) El empleo exclusivo de "el método experimental o científico, que parte siempre de la observación de los hechos sea cual sea la naturaleza: físicos, morales, intelectuales"; b) La enseñanza moral "desligada de todo principio religioso o dogmático" y tan alejada del "espíritu de dominación" como del "espíritu de servidumbre"; c) La eliminación de las prácticas e imágenes religiosas; d) La desaparición de todo libro "contrario al método científico y a los senti-

mientos de concordia". Esta última prescripción, concorde con el otro considerando sobre el papel de la escuela en la preparación psicológica de las guerras y de los desórdenes sociales, nos permite inferir que Rama tenía en vista la eliminación de los libros tendenciosos, chauvinistas y otros.

Los diarios partidarios de la Comuna reprodujeron todo el manifiesto del ciudadano Rama. Fué insertado en el "Diario Oficial", y "El Social" subrayó la simpatía que le inspiraba.

La municipalidad del XVII° no se contentó con fijar públicamente los principios sobre los cuales debía cimentarse la Escuela nueva, adoptó el orfeñato que dirigía F. Buisson y que, transferido a Cempuis, debía adquirir en lo sucesivo, gracias a Robín, una celebridad mundial.

En el XX°, la municipalidad entró en una nueva senda vi-siendo y alimentando a los alumnos.

VI. — LA INFANCIA BAJO LA COMUNA

No se podría separar artificialmente los esfuerzos de la Comuna para instruir a la infancia, de sus tentativas sobre los orfeñatos y la utilización militar de la juventud.

Es necesario distinguir aquí la infancia obrera de la infancia burguesa.

Los niños de los barrios ricos del centro que, durante el sitio, habían resutado privilegiados con respecto a los niños de los barrios obreros de la periferia, continuaron beneficiándose con la situación social de sus padres. Como en el pasado, pudieron aún frecuentar el Guignol hasta el día en que las bombas de Versailles, pasando el "ronf-point" de los Campos Elíseos, fueron a caer frente al Circo. Entonces, como lo notó espiritualmente un cronista de la época, "Polichinela, el Comisario y hasta el Diablo" fueron forzados a mudarse.

En los barrios obreros, mientras los padres combatían o trabajaban, un gran número de jóvenes aprendices licenciados y de niños que no frecuentaban la escuela, librados a ellos mismos, se arrastraban por las calles. Uno se pregunta hasta de qué modo vivían los que, habiendo abandonado la casa paterna, vagabundaban por las calles de la capital. Es cierto que las duras condiciones en las cuales se encontraba la clase obrera no dejaban de influir dolorosamente sobre toda la infancia proletaria. Además, con la despreocupación propia de la edad, chicos y chicas jugaban en pleno bombardeo. Y cuando un obús caía no lejos de ellos, se los veía a veces precipitarse sobre sus trozos, para llevarlos gloriosamente.

Una estadística, levantada por Allix, nos muestra que en el distrito XIII°, sobre 6.251 muchachos y niñas de 7 a 15 años, las escuelas comunales no recibían más que 3.030 alumnos; ni siquiera la mitad. Es conveniente advertir que Allix ha contado entre los 3.030 alumnos a todos los niños de 3 a 7 años que frecuentaban los asilos del distrito. Teniendo en cuenta este hecho y no olvidando que la edad escolar comienza a los 5 años y no a los 7, se llega a la conclusión de que como mínimo, 4.000 niños de edad escolar, en un distrito como el VIII°, donde se ocupaban

mucho de las escuelas, quedaban fuera de los establecimientos de instrucción. Es claro que las medidas tomadas por muchas municipalidades contra la mala asistencia escolar, no podían constituir más que un débil paliativo sin distribución de "galoches" (1) y de vestidos; sin la institución de cantinas, y otras medidas reclamadas por la terrible miseria de los trabajadores.

Algo se hizo también con respecto a los asilos. El personal que siempre había estado por debajo de las necesidades fué aumentado a raíz de algunos pedidos. En el distrito VIII^o, citado más arriba, se contaban 271 niños de 3 a 7 años en dos salas de asilo.

Hemos tenido ya la ocasión de señalar la fundación de orfanatos bajo la égida de las municipalidades. Parece que se debe a la iniciativa privada la creación del orfanato de la Guardia Nacional, bulevar Víctor Hugo, 40 (antiguo bulevar Haussmann), en un local ventilado y sano que contenía 300 camas. Los niños, muchachos y chicas, eran admitidos todos los días, de 1 a 4 horas, previa presentación de un certificado del sargento-mayor, en que constaba que el padre pertenecía a una compañía de la guardia nacional.

El director Raymond, deseoso de auxiliar a la infancia desamparada, solicitaba, por una parte a todas las madres de familia los vestidos usados, camisas o zapatos de niño y por otra parte "a todas las ciudadanas de buen corazón" que quisieran brindarle su concurso para "cuidar e instruir" a los muchachos y niñas confiados a sus cuidados.

Aunque esto sea tal vez invadir la historia militar de la Comuna, conviene poner de relieve aquí la meritoria conducta de estos animosos pequeños proletarios que, sobrecitados por la situación revolucionaria, agriados por las privaciones sucesivas, debían, como lo reconocerán más tarde los jueces de los consejos de guerra, "suministrar a la insurrección un concurso muy útil" (2).

Es un hecho que el pilluelo de París, este muchachito de la calle tan pronto para las travesuras como para el heroísmo, ha desempeñado un papel en todas las épocas de crisis revolucionarias. Y si se admite que la profundidad de una revolución se mide por la actividad de las mujeres y de los niños, es necesario deducir, dada la extensa participación de los niños y de sus madres, que la Comuna constituyó la más vigorosa tempestad revolucionaria que haya soplado sobre la capital.

No sólo se vió por millares bandas de niños obreros pasear en las calles banderitas rojas cantando la "Marsellesa" y a los gritos de: "Viva la Comuna", sino que muchos niños se precipitaron al combate en los puestos avanzados y dispararon sus armas en las barricadas. "Seguían a los batallones en sus trincheras; en los fuertes, se prendían de los cañones", ha señalado Lisagaray. Los diarios de la época (3) relatan sus rasgos de valor.

(1) Calzados con suela de madera para proteger a los pies de la humedad.

(2) *Les procès de la Commune*, actas de los procesos a los Pupilos de la Comuna.

(3) *La Commune, Le Mot d'ordre, l'Officiel*.

El 23 de Mayo, cuando el Comité de Salud Pública anunció que el enemigo se había introducido en la capital, y lanzó su célebre proclama: "Todo el mundo a las barricadas!", encontró un poderoso eco entre la infancia obrera.

Benito Malón estima en 5,000 el número de niños que, en los sombríos días de la Semana sangrienta, combatieron o murieron en las barricadas a los gritos de "Viva la Comuna", "Viva la República universal", "Viva el Trabajo". Este número parece muy exagerado a primera vista. Pero cuando se sabe que entre los 20,000 federados muertos se incluye a muchos niños; cuando se conoce la cifra oficial de 651 niños detenidos; cuando se advierte el gran número de niños que han sido condenados a la deportación, a la prisión o confinados en casas de corrección por los consejos de guerra, se comprende que Benito Malón tal vez no ha exagerado mucho.

VII. — LA ALTA CULTURA DEFENDIDA

Los versalleses, para "levantar la moral" de sus tropas mercenarias y para desorientar a los trabajadores de provincia, representaban a la Comuna como a un gobierno de barbarie y al París de la Revolución proletaria como un lugar en tinieblas. Sus diarios llegaban allí hasta insinuar que los cuadros del Louvre fueron vendidos a Londres.

En efecto, puede ser que algunos anticuarios londinenses hayan sacado provecho de la situación para vender telas diciendo que provenían del Louvre, pero tenemos el derecho de afirmar — de acuerdo con la administración del Louvre — que las colecciones de este establecimiento permanecieron intactas "preservadas, respetadas y protegidas de los peligros de la guerra".

Desde el 25 de Marzo, por medio de una nota insertada en el "Oficial", el Comité Central señalaba al público que había hecho ocupar tanto el Louvre como las Tullerías "con el fin de poner al abrigo y de hacer respetar las obras de arte y los objetos preciosos que contienen". El mismo número del "Oficial" anuncia que las Tullerías, cerradas desde el 4 de Setiembre por el gobierno serán abiertas al público así como los museos. Pero recién el 15 de Abril el Louvre fué efectivamente reabierto a los artistas y al público. Dos días después, todos los jardines parques y otros lugares públicos de paseo, cerrados hasta entonces por razones de seguridad militar, fueron también puestos a disposición de todos.

En este París que los libertinos y los rurales de Versalles mostraban a la provincia como entregándose a una orgía sangrienta, la parte selecta de la intelectualidad que no había abandonado la capital podía satisfacer todas sus aspiraciones culturales.

La Academia de Ciencias reanudó sus reuniones a partir del 17 de Abril. Sabios como Chevreul y Milne-Edwards pudieron dedicarse con toda comodidad a controversias del más alto interés. Estanislao Meunier dió lectura a su interesante memoria sobre el metamorfismo de los meteoritos.

Mollé puso al Museo de Historia Natural "bajo el amparo de

los ciudadanos". Hizo un llamado al público "para prestar ayuda a los guardianes" y, si era necesario, para obrar a fin de "asegurar los intereses generales" del establecimiento.

En el Colegio de Francia, los cursos de árabe se reanudaron el 15 de Abril a razón de dos por semana.

La Escuela de Bellas Artes funcionaba y no se dejó de advertir a los alumnos que el concurso para los grandes premios de Roma tendría lugar en 1871 como en los años anteriores.

Emilio Perrin, director de la Opera, como nada había hecho para subvenir a las dificultades de la situación y habiendo más bien acumulado obstáculos a fin de impedir una representación nacional a beneficio de las víctimas de la lucha y de los artistas músicos, fué revocado por el delegado del Interior Courmet, el día 9 de Mayo. Al mismo tiempo, Courmet, considerando que, a pesar de la crisis, el arte y los artistas no debían "ser perjudicados", nombró director de la Opera a título provisorio, a Eugenio Garnier e instituyó una comisión compuesta por A. Regnard, Lefevre-Rorcier, R. Pugno, Edmond Levraud y Selmer, incluyéndose a sí mismo a fin de "velar por los intereses del arte musical". El nuevo director fué presentado al personal de la Opera por dos delegados de la Comuna el 12 de Mayo, el mismo día de los bombardeos violentos sobre Asnières, Clichy y Neuilly y de los ataques sobre Vauves. Regnard pronunció una alocución; en esta oportunidad, Garnier propuso una representación del personal a razón de un delegado por categoría y lanzó la idea de una asociación de artistas de Opera análoga a la Sociedad del Teatro Francés.

En cuanto al Conservatorio de Música, parece que no se creyó en la urgencia de intervenirlo. Fué recién el 15 de Mayo, demasiado tarde, cuando la Delegación de la Enseñanza pensó en reformar este establecimiento.

VIII. — REORGANIZACION Y PROTECCION DE LAS BIBLIOTECAS PUBLICAS

Es sobre todo en lo relativo a las grandes bibliotecas públicas donde se advierte el esfuerzo de la Comuna.

El 1º de Abril, el Comité del Interior y de la Seguridad General, desearo probar que sabía "conservar cuidadosamente para las generaciones futuras todo lo que se relaciona con la gloria y la ciencia del pasado", mandó como delegado a la Biblioteca Nacional, "con plenos poderes" al ciudadano Julio Vincent. En realidad, debemos ver en eso, una medida política de primer orden.

La Comuna tomaba sus precauciones; casi todos los conservadores y bibliotecarios de la calle Richelieu, los Delisle, los Dauban y otros, eran conocidos como rematados reaccionarios. La Comuna temía que la Biblioteca Nacional se transformara en un foco contrarrevolucionario.

Inmediatamente a su nombramiento, Vincent reunió el personal de la Biblioteca Nacional. Se decidió de común acuerdo que sin menoscabar los reglamentos en vigor en el establecimiento, se tomarían medidas para "amparar la integridad y la conservación de las colecciones". Vincent obtuvo de los funcionarios y

empleados la promesa de "encerrarse en los estrictos límites de su función" y de ser "fieles a su deber profesional". Pero esta promesa no fué mantenida, una buena parte del alto personal abandonó sus puestos. Fué un desquicio, Vincent, considerado responsable, fué relevado de sus funciones por mandato de Vaillant el día 27 de Abril, y a propuesta de Courmet. La delegación de la Enseñanza, contrariamente a Vincent, estaba decidida a una "reorganización radical de la B. N.". Hizo designar a Elias Reclus como director, y al ciudadano Guizard como ayudante. El 11 de Mayo, Vaillant revocó de una sola vez a 25 funcionarios que habían desertado de su puesto; entre ellos estaba "le sieur (1) Léopold Delisle", jefe del departamento de manuscritos. En el "Oficial" del 12 de Mayo apareció un nuevo grupo de 28 bibliotecarios, conservadores o adictos, relevados de sus funciones.

La Biblioteca Mazarina se había visto obligada a cerrar a causa de la falta de personal. Fué reabierta el 8 de Mayo bajo la dirección de B. Gasteneau. Los fugitivos De Lacy, Philardéte Chasles, Julio Sandeau, Moreau, Daremberg, Cocheris y Lauré-vent - Larcher fueron declarados renunciantes.

Benjamin Gastineau fué nombrado también Inspector de Bibliotecas comunales. Por decreto del 12 de Mayo, puso término al pillaje de que eran objeto las bibliotecas públicas por los privilegiados. Denunció ante la opinión a aquellos que no tenían escrupulo en formarse una biblioteca a expensas de las bibliotecas nacionales "sacando libros que devolvían raramente e impidiendo, así, a los trabajadores conocer las obras más necesarias y las más preciosas". Gastineau suprimió de una manera absoluta el préstamo de libros a domicilio, y a todos los que habían sacado obras les ordenó devolverlas en el término de ocho días.

IX. — LA FEDERACION ARTISTICA [ARTE PLASTICO]

Bajo la Comuna, hubo entre los artistas, un movimiento original de base federalista.

La actividad de los pintores, escultores, grabadores, artistas, industriales fué, con mucho, la más notable. No había que hacer más que una señal para reunir a todos los "bohemiens" del barrio Latino; a todos los artistas que se habían mezclado más o menos a la oposición en el Segundo Imperio y en las manifestaciones estudiantiles, en los grupos secretos blanquistas, y en las Sociedades de "Libre Pensamiento". Autorizado por la Comuna, Gustavo Courbet (2), en una famosa y vibrante proclama que el "Oficial" consideró como un deber reproducir, invitó a sus colegas a reunirse. El gran pintor revolucionario, amigo de Vallés, de Vermorel, de P. Denis, decía entre otras cosas: "Hoy, recurso a los artistas; recurso a su inteligencia, a su sentimiento, a su reconocimiento. París los ha nutrido como una madre y

(1) Del latín "senior", la palabra francesa "sieur" es un calificativo que en el estilo de palacio precede a los nombres propios de persona. Aplicada al peluquero de Delisle, y en labios del poder obrero, era de un efecto irónico seguro.

(2) Gustavo Courbet (1819-1877), gran pintor francés. Cultivó el paisaje, el retrato y los cuadros de escenas modernas. Ha tenido bastante influencia sobre la pintura contemporánea.

les ha dado su genio. Los artistas, en esta hora, deben concurrir con todos sus esfuerzos (es una deuda de honor), a la reconstrucción de su estado moral y al restablecimiento de las artes que son su fortuna... La revancha se ha conseguido, el genio podrá volar; porque los verdaderos prusianos no fueron los que nos atacaron primero... Ah! París, París, la gran ciudad, acaba de sacudir el polvo del feudalismo. Los prusianos más crueles, los explotadores del pobre, estaban en Versalles. Su revolución es tanto más equitativa cuanto que sale del pueblo. Sus apóstoles son obreros, su Cristo ha sido Proudhon.

"Desde hace 1800 años los hombres de corazón morían suspirando, pero el pueblo heroico de París vencerá a los mistagogos y a los atormentadores de Versalles, el hombre se gobernará a sí mismo, la federación será comprendida y París tendrá la mayor parte de gloria que la historia jamás haya registrado..."

Una Comisión provisoria elaboró primeramente un programa destinado a ser sometido a una asamblea general de artistas. Esta asamblea se realizó el 13 de Abril en el gran anfiteatro de la Escuela de Medicina. Estaba colocada, como lo escribía enfáticamente Courbet: "bajo el protectorado de la Comuna". Fué un éxito. La sala estaba llena y todos los artistas plásticos estaban abundantemente representados. Se contaba más de cuatrocientas personas, entre las cuales Feytaud y Héreau como pintores, Moulin y Delaplanche como escultores, Bertall como caricaturista, Michelin como grabador. Había muchos arquitectos y decoradores. Courbet — que debía ser elegido algunos días más tarde miembro de la Comuna — presidia, asistido por Moulin y por Eugenio Pottier. La presencia del futuro autor de la "Internacional" (1) en esta asamblea, puede parecer extraña, pero es necesario saber que Pottier era un dibujante industrial de talento, muy apreciado, que había fundado, antes de la guerra, la Cámara Sindical de su profesión, y la había hecho adherir en bloque a la Internacional. Es a título de dibujante como Pottier dió lectura ante la asamblea, del informe redactado por él en nombre de la comisión preparatoria.

Un hombre como Delion (2) que atribuye gratuitamente a Pottier la extravagancia de querer ser "legislador de las artes" y que entrevé la Barbarie como resultado del Socialismo, califica a este informe de "simple, claro, ingenioso". Marquet de Vasselot, poco benévolo en general para con los hombres de la Comuna, se pregunta por su parte si el informe de Pottier no es "el ideal del informe soñado por los artistas" (3). Estas apreciaciones halagadoras tienen tanto más valor cuanto que son posteriores a la Comuna. Leyéndolas se comprende por qué el "Ofi-

cial" de la Comuna ha insertado por entero el informe de Pottier especificando que este "documento, muy interesante, contenía consideraciones verdaderamente elevadas sobre las necesidades y los destinos del arte contemporáneo".

"¿Qué pedía Pottier? La reunión de todos los artistas que se adhirieran a los principios de la Revolución comunal en una vasta Federación que tomara como plataforma: "La libre expansión del arte, desligado de toda tutela gubernamental y de todos los privilegios;

"La igualdad de derechos entre todos los miembros de la Federación;

"La independencia y la dignidad de cada artista puestas bajo el amparo de todos para la creación de un Comité elegido con el sufragio universal de los artistas".

Este Comité comprendía 47 miembros elegidos por un año con escrutinio de lista y con voto secreto por todos los ciudadanos que justificaran su calidad de artistas. Entre estos 47 miembros cada especialidad se encontraba representada. Había 6 pintores, 10 escultores, 5 arquitectos, 6 grabadores y litógrafos, 10 miembros del arte decorativo.

La duración del mandato era de un año, pero, a fin de dejar un elemento de estabilidad en el Comité, permanecían dos años en función 15 miembros elegidos por el Comité mismo. Pottier, transportado de entusiasmo, calificaba a este Comité de "gobierno del mundo de las artes por los artistas". Es necesario decir que se asignaba una triple y vasta misión: 1º Conservar los tesoros del pasado; 2º Movilizar y aclarar todos los elementos del presente; 3º Regenerar el porvenir por medio de la enseñanza.

Todos los monumentos, galerías, colecciones y museos públicos quedaban colocados bajo la vigilancia administrativa del Comité que se encargaba de levantar planos, inventarios, catálogos; de ponerlos a disposición del público; de señalar las reparaciones urgentes; de nombrar o revocar a los funcionarios. El Comité se proponía organizar exposiciones nacionales e internacionales, no admitiendo más que obras que representaran creaciones originales, rechazando toda exhibición mercantil "que tendiera a sustituir el nombre del editor o del fabricante por el del verdadero creador". No estaban previstas las recompensas pero la Comuna debía repartir sus trabajos ordinarios entre los artistas designados por el sufragio universal de los expositores. Los trabajos extraordinarios eran adjudicados por concurso.

El Comité se ocupaba en vigilar la enseñanza del dibujo y del modelado en las escuelas primarias y profesionales comunales. Deseaba favorecer la introducción de "métodos atrayentes" y de escoger a los artistas más destacados cuyos estudios serían completados a expensas de la Comuna. Se encaraba, en fin, la creación de un órgano de la Federación: "El Oficial de las Artes" que debía ser cuidadosamente defendido contra toda tendencia mercantil. Para resolver los litigios, habían sido previstos árbitros. El Comité se comprometía a "la reproducción popular de las obras de arte" mediante la imagen y el "affiche", para concurrir a la "regeneración", a la "inauguración del lujo comunal", "a los esplendores del porvenir y a la República universal". Era

(1) Eugenio Pottier (1816-1887) se refugió en Inglaterra después de la Comuna. Regresó a Francia en 1890. Los versos de la Internacional que compuso, se unieron desde 1884 a la música que para ellos escribió Pierre Dégoyter.

(2) DELION, *Les membres de la Commune et du Comité Central*, p. 165, París, 1871.

(3) *Enquête sur la Commune de Paris*, p. 115, edición de la "Revue Blanche", París.

un vasto y ambicioso programa que sobrepasaba evidentemente las posibilidades de realización de la Comuna.

Las elecciones a la Comisión Federal tuvieron lugar en el Louvre el 17 de Abril. La lista presentada por el "Social", diario de Andrés Léo, pasó enteramente. G. Courbet, el gran escultor Dalou y Boileau (hijo) compusieron el secretariado de la Comisión que se instaló en adelante en "el ex ministerio de Bellas Artes", en la calle Rivoli. Colaboró con Vaillant, ocupándose entre otras cosas, de la reorganización del museo del Louvre, proponiendo la supresión del empleo de arquitecto en el museo de Luxemburgo como inútil, haciendo nombrar a Andrés Gill, Gluck y Chapuy como conservadores del museo de Luxemburgo, tomando disposiciones para la orientación artística de la enseñanza primaria.

X. — LA FEDERACION ARTISTICA (ARTE LIRICO Y DRAMATICO)

Paralelamente al movimiento de los artistas del arte plástico, se desarrolló un movimiento de los artistas del arte lírico y dramático.

Una primera reunión realizada en el Alcázar, suburbio Poissonnière, el 17 de Abril, echó las bases de una Federación artística dado que — dice el proceso verbal algo confuso —, "en nombre de la democracia y de la fraternidad es lógico llamar bajo la misma bandera a los miembros de una misma familia que tienen los mismos gustos, las mismas aspiraciones y que están ligados, en cierto modo, por relaciones cotidianas".

Esta primera asamblea, nombró una Comisión ejecutiva provisoria compuesta por los ciudadanos Pablo Burani, autor dramático, presidente; Antonino Louis, secretario; Nicole y Ferdinand, asesores. Es curioso notar que el secretario de la Federación naciente se transformaría más tarde en el cancionista de la Reacción boulangista (1), y luego de la Reacción nacionalista y antireyfusista. Por otra parte, no fué más que un secretario efímero puesto que, algunos días más tarde, las comunicaciones del grupo indican como secretario a Pablo Burani. Parece que hubo desacuerdos entre los miembros de la Comisión ejecutiva provisoria, tocante a la orientación de la Federación. Esto es al menos lo que surge, no solamente del cambio en el secretariado, sino de una nota de Burani anunciando que sus camaradas se habían reunido el 16 de Abril bajo la presidencia del ciudadano Pacra para proceder al "nombramiento de los cuadros" de la Federación y para convocar una nueva asamblea con el objeto de nombrar una Comisión encargada de elaborar los estatutos de una "Federación puramente social".

La asamblea del 18 llegó a una resolución de orden político. Pidió a la Comuna la libre disposición de las salas de espectáculo no ocupadas y que pertenecieran a la ciudad para organizar representaciones a beneficio de las viudas, de los heridos, de los

(1) Georges Boulanger (1837-1891), general francés, ministro de guerra en 1886. Personalmente de un perfil muy heroico, sirvió de bandera a la reacción durante algunos años.

huérfanos y de los necesitados de la guardia nacional. Aportaba el concurso de sus miembros y dejaba la tarea de centralizar los ingresos, a una Comisión que elegiría la Comuna, a fin de repartir el producto entre las víctimas de los veinte distritos.

Con fecha 22 de Abril la Comuna aceptó lo solicitado por la Federación Artística. Entonces, el Comité de organización de las representaciones de beneficencia se puso a la obra. Precisó en un comunicado cuáles eran sus puntos de vista y, para inaugurar la serie de representaciones preparó una "gran velada musical y dramática" para el 7 de Mayo, en la vasta sala del Châtelet. Su esfuerzo no se detuvo ahí; pero es difícil discernir, entre los conciertos y las representaciones dramáticas de beneficencia dados bajo el patrocinio de la Comuna, lo que debe ser atribuido a la Federación artística y a otras iniciativas.

Este movimiento de los artistas líricos y dramáticos, aunque se afirmara sobre una base menos sólida que el movimiento de los artistas plásticos, merece, sin embargo, ser señalado.

XI. — ESFUERZOS TENDIENTES A LA EDUCACION POLITICA DE LAS MASAS

En el dominio de la educación política de las masas populares, se advierte un esfuerzo sistemático de la Comuna a fin de ilustrar a las provincias. Este esfuerzo que se debe a la delegación de Relaciones Exteriores, fué emprendido recién a fines de Abril, porque Paschal Grousset no había comprendido a tiempo que la Delegación debía ser, sobre todo, un Comité de propaganda. Fueron enviados emisarios a los departamentos. En provincia fué repartido a los paisanos un manifiesto de más de 100.000 ejemplares, redactado por Mme. Andrés Léo, la futura compañera de Benito Malón.

Para elevar el nivel político de los trabajadores de París, no se puede decir que hubo un esfuerzo consciente y metódico de la Comuna. Lo que ha sido hecho, en este sentido, por los clubs y los diarios debe ser considerado mérito individual o colectivo. De cualquier modo, en razón de su origen, de su carácter, de las necesidades de la lucha revolucionaria, la Comuna tomó un cierto número de medidas de orden político y social que, puestas en conocimiento de las masas, no dejaron de influir sobre su mentalidad. La Comuna contribuyó así, bajo una forma demostrativa, indirectamente, a la educación de la clase obrera. Contribuyó todavía, bajo una forma más directa, por medio de llamados y proclamas. Pero es sobre todo sacando provecho de los grandes acontecimientos, utilizando o provocando poderosas manifestaciones de masas, como dió al pueblo de París la conciencia de su fuerza y el arrojó necesario para el combate contra Versalles. Sobre este punto se puede decir que la Comuna continuó dignamente la tradición revolucionaria francesa.

Sería, seguramente, salirse del marco de este estudio insistir, sobre las grandes fiestas cívicas de la Comuna, pero conviene anotarlas aquí.

El domingo 28 de Marzo, 200.000 parisienses asistieron a la proclamación solemne del gobierno surgido de la insurrección.

Fué un día de entusiasmo desbordante. "Jamás desde la Federación de 1790, dice Lissagaray, las entrañas de París fueron tan fuertemente sacudidas (1)".

El 6 de Abril tuvieron lugar en las grandes avenidas, para edificación de todo un pueblo, los funerales grandiosos de las primeras víctimas de los versalleses. Benito Malón estima que en la Bastilla la multitud se elevaba fácilmente a 200.000 personas (2).

El 29 de Abril el desfile imponente y solemne de 10.000 francmasones revestidos de sus insignias y llevando sus pendones, desfile hábilmente explotado por la Comuna, no dejó de impresionar la imaginación popular.

En fin, el 16 de Mayo, con los aplausos de una muchedumbre inmensa, caía la columna Vendôme, símbolo de la gloria y de la matanza militarista.

XII. — CONCLUSION

Tal es, a grandes rasgos, la obra de la Comuna en el terreno cultural. Falta sólo resumirla y apreciarla.

Desde el punto de vista de la enseñanza primaria, Amadeo Dunois ha anotado muy justamente: "Por poco que hayan podido hacer, los comuneros no por eso dejaron de adelantarse a la democracia burguesa en el camino de una reorganización completa de la enseñanza del pueblo" (3).

Esto es un hecho innegable: en medio del tumulto y de la pólvora la Comuna ha encontrado el medio de fijar la cuádruple base de la enseñanza popular: obligatoriedad, gratuidad, laicismo, instrucción profesional. Ha hecho más: se ha propuesto transformar todos estos principios en realidades vivas. Por lo demás, Julio Ferry, prefecto del Sena, en una circular a los alcaldes de distrito fechada a fines de Mayo de 1871, ha reconocido formalmente el esfuerzo de educación laica realizado por la Comuna.

En período de calma, la Democracia burguesa debía necesitar diez años para reconocer la obligación y la condición gratuita de la enseñanza primaria. Debía dejar pasar quince años antes de proclamar la enseñanza laica. Esperó treinta y tres años para prohibir la enseñanza a los congregacionistas de todo orden y de toda naturaleza, al menos sobre el papel. Hoy, en fin, más de medio siglo después de la Comuna, estamos inclinados a juzgar que nada serio se ha hecho en Francia para asociar el taller a la escuela. Esta simple comparación dice bastante acerca del "valor reformador" de la democracia burguesa y de la democracia proletaria.

Desde el punto de vista de la cultura superior y del desarrollo del arte, el estudio minucioso de la Comuna destruye las leyendas ineptas forjadas por los versalleses.

(1) LISSAGARAY, *Histoire de la Commune*, p. 140, París, 1896.

(2) *La troisième décade du prolétariat français*, p. 231, Neuchâtel, 1871.

(3) *La Commune de Paris*, p. 28, textes et documents, edición "L. Humanité", París.

Estos federados de quienes se decía que eran "más devastadores que los Godos, los Vándalos y los Hunos, más bárbaros que las hordas de Alarico, de Genserico y de Atila" (1), eran los dignos ciudadanos de este París donde el arte y el genio han reunido las más deslumbradoras maravillas. Ahí, sin duda es fácil jugar con palabras achacando a la "barbarie obrera" las destrucciones que fueron consecuencia de la guerra despiadada entre Versalles y París. Pero, felizmente, le "Journal Officiel" versallés ahí está para atestiguar en favor de la Comuna. Reconoce éste que, aparte de las bibliotecas del Louvre y del Palais Royal, devoradas por el incendio que sigue a la batalla de las calles, todas las grandes bibliotecas parisienses y el rico depósito de los Archivos Nacionales han permanecido intactos. Reconoce igualmente que todos los museos han sido respetados por los comuneros. Hablando del Louvre, escribe: "Nuestros hermosos mármoles, nuestras grandes telas están preservados. No hemos perdido nada, absolutamente nada". Hablando de otros museos, dice: "El museo de Cluny ostentará todavía sus porcelanas, sus cristales, sus armaduras, sus joyas, sus muebles... El Luxemburgo nos devuelve intactas las telas de la escuela francesa contemporánea. El museo de Sévres, transportado a París... , ha escapado milagrosamente a los comuneros. Hemos perdido los Gobelinos con sus magníficas tapicerías, pero nos quedan las tapicerías de la corona".

No solamente, como se ha visto en otra parte, la Comuna a pesar del peligro y de las dificultades del momento, se ocupó de las bibliotecas, de los museos y de la enseñanza superior, sino también fomentó un movimiento artístico original que dejó trazos profundos. Asombra, como lo ha observado Marquet de Vasselot (2), la similitud que existe entre los estatutos de la Sociedad Nacional de Bellas Artes constituida en 1890 y los de la Federación de 1871. Cuando el subsecretario de Estado, Turquet, en 1880, creaba la Sociedad de Artistas Franceses, adoptaba una parte del programa trazado por Pottier, reservándose los derechos del Estado en lo que concierne al Salón Oficial.

Es necesario subrayar vigorosamente, en fin, que el arte dramático y la música, bajo todas sus formas, no cesaron de ejercer su acción durante la Comuna. Dominando el ruido del cañón, los músicos de diversos batallones de la guardia nacional dieron conciertos en los barrios obreros; la artista trágica del "Figaro"; "Marsellesa", para emplear la expresión graciosa del "Figaro"; Fernando Desaulné fué aplaudido en "Maldito seas, Bonaparte!"; Fernand Desaulné fué aplaudido en "Maldito seas, Bonaparte!"; Fernando Desaulné fué aplaudido en "Maldito seas, Bonaparte!"; Fernando Desaulné fué aplaudido en "Maldito seas, Bonaparte!".

Vaillant escribía en otro tiempo, hablando de la Comuna: "En sus funciones, la mayor parte de los ciudadanos que habían sido delegados hicieron honor a su mandato" (3). Se puede apli-

(1) *Le Petit Moniteur Universel*, Junio 4 de 1871.

(2) *Enquête sur la Commune*, p. 116.

(3) *Idem*, p. 72.

car este juicio de Vaillant al mismo Vaillant, en vista de la obra constructiva muy meritoria llevada a cabo por la Delegación de la Enseñanza. Y si a través del trabajo realizado por esta Delegación, se encara en toda su amplitud la obra general de la Comuna desde el punto de vista cultural, se puede decir que, frente a las posibilidades de la época, esta obra forma un conjunto impresionante.

Traducción del francés por
Alicia Ortiz. Notas de A. P.

Comentarios Marginales

por Anibal Ponce

Un historiador eminente, que Marx y Engels respetaban mucho, Francisco Guizot, decía en una de las lecciones de sus cursos de 1828-1830: "Nada falsea más la historia que la lógica. . . . Hay en todas las cosas una mezcla de bien y de mal tan profunda, tan invencible, que allí donde penetréis, cuando descendáis a los últimos elementos de la sociedad o del alma, encontraréis esos dos órdenes de hechos coexistiendo, desarrollándose uno al lado de otro, pero sin exterminarse" (Guizot, "Historia de la Civilización en Europa", p. 117, traducción de F. Vela, editor "Revista de Occidente", Madrid, 1935).

Si el lector recuerda lo que Plejanov decía sobre los objetos complejos, con propiedades opuestas, que constituyen la inmensa mayoría de los fenómenos de que se ocupan las ciencias biológicas y sociales (ver "Dialéctica", N° 1, pág. 20), reconocerá en esas líneas de Guizot una confesión imprecisa pero elocuente sobre la insuficiencia de los métodos históricos tradicionales para captar el desarrollo contradictorio de la realidad social.

El caso de Tolstói es un ejemplo perfecto no sólo para mostrarnos como es posible interpretar las ricas contradicciones que se debaten dentro de una personalidad, sino para enseñarnos también el desconcierto de la crítica burguesa frente a todos esos hechos, como diría Guizot, en que "coexisten y se desarrollan el bien y el mal". Tomemos la biografía de Tolstói que Romain Rolland compuso con devoción, en cierto modo, de discípulo. Con excepción de una sola línea en que dice muy ciertamente que el Ivan Ilich de uno de los cuentos de Tolstói, es el representante de la burguesía de 1880, ("Vie de Tolstói", p. 137, quinta edición, editor Hachette, París, 1917), todo lo demás son explicaciones en el aire, vacilantes y tímidas. Sabe sí que Tolstói es al mismo tiempo, "realista y místico" (p. 4), "conservador y revolucionario" (p. 48). Pero, ¿en virtud de qué este "conservador" extraño defiende al pueblo contra los abusos del Estado desde su puesto de árbitro en el distrito de Kaprivna? (p. 49). ¿Porqué razones, también, este "revolucionario" desconcertante odia por igual a los liberales (p. 158, 161) y a los socialistas (p. 164)? Romain Rolland no sabe decirlo; no podría explicarlo tampoco desde el punto de vista en que enfocaba por aquellos años, la vida de Tolstói. (La primera edición de su "Vie de Tolstói" es de 1911).

Por su familia y por su educación, Tolstói pertenecía a la más alta nobleza: la abuela fué la princesa Gortschakow; la madre, la princesa Voljnoskaia. Fanfarronadas de "junker"; jactancias de gran señor orgulloso de su estirpe, denunciaban los orígenes sociales de Tolstói aún después de haber renunciado a la carrera de oficial y de guerrero. Pero a los diecinueve años también la miseria de los mujiks le conmovió hasta tal punto que su tía Juschkova empezó a mirarlo desde entonces como un extraño a su clase (Ossip-Lourié, "Tolstói", p. 8, editor Larousse, París, sin fecha). ¿Cual es el motivo que esclarece semejantes contradicciones no sólo del Tolstói individuo, sino del Tolstói novelista, pensador, profeta y predicador? Lenin lo explica, sin hacerse esperar mucho, en esas notas apresuradas que forman, tal vez por su misma sobriedad, un modelo de crítica literaria y sociológica. Las contradicciones en las opiniones y en la vida de Tolstói, nos dice, no son únicamente contradicciones personales. Son, sobre el plano individual, el reflejo de los conflictos que desgarraban a la vida rusa en el último tercio del siglo XIX. En la época en que "Reforma" escribió lo mejor de su obra — entre la pretendida "Reforma" de 1861 y la revolución de 1905 — dos fenómenos daban a Rusia fisonomía particular: por un lado, las supervivencias del feudalismo; por el otro, el rápido crecimiento de la industria bajo la acción del capitalismo mundial. La producción de hierro fundido que en Inglaterra subió en un 18 % entre los años 1890-1899, aumentó en Rusia en un 190 % (Gorin, "La revolución rusa de 1905", p. 8, ediciones Europa - América, París - Buenos Aires, sin fecha y sin nombre de traductor). Pero mientras la producción de hierro crecía en esa forma — y la de carbón en 131 % —, el campo presentaba un aspecto singular. La reforma de 1861 había dado a los siervos la "libertad"; pero pocas veces como en este caso, la libertad sólo era "la libertad de morir de hambre". Mientras el campesino fué siervo llevaba una vida miserable pero segura: el señor proveía a su subsistencia. Cuando se le hizo el "don generoso" de la liberación — y los señores se lo otorgaron porque el trabajo servil les resultaba insuficiente — los paisanos debieron luchar por asegurar su vida y la de su familia en condiciones de un horror inimaginable.

Esa era la "libertad" con la que habían soñado; esa era la miseria que tanto impresionó al joven Tolstói cuando la vió de cerca, por vez primera, en sus mismas propiedades de señor terrateniente. La desilusión de los campesinos, sus odios y su cólera, le llegaron al alma, primero; las hizo suyas, después. Dos paisanos cuyos nombres conocemos, Sutaiev y Bondarev, le influenciaron fuertemente: le dió el primero su cristianismo de "inocente"; le sugirió el segundo, con la necesidad del trabajo manual, sus extravagancias de vegetariano. . . .

Tolstoianos antes de Tolstói, los campesinos no sabían en su ignorancia cómo canalizar la rebeldía; cómo hacer efectiva la indignación. Los terratenientes que los explotaban, lanzaban contra ellos la policía, los tribunales, los cosacos y el pope. Intimamente unida con la clase explotadora, la Iglesia ortodoxa organizaba a perfección la "caza a los rebeldes". Mediante la confesión, los popes soscocaban a los paisanos los nombres de los descontentos y de los "agitadores" para denunciarlos después a

la policía. Corrompidos por los regalos de los terratenientes, transportados a un ambiente extraño, hablando un idioma que los campesinos no entendían, los cosacos eran los encargados de las "expediciones punitivas". El campesino explotado por el señor, espionado por el gendarme, denunciado por el pope, azotado por el cosaco, era a la postre miserablemente condenado por el juez. A todas esas desdichas, el hombre del campo sólo oponía su confianza en Dios y el Zar, y su esperanza en el trabajo de las ciudades. La afluencia de campesinos a los grandes centros industriales fué un hecho característico de la segunda mitad del siglo XIX: en 1866, las fábricas en que trabajaban más de mil obreros representaban el 27 %; en 1890, el 46 por ciento. Pero la crisis industrial de comienzos del siglo XX, no sólo limitó la afluencia de campesinos sino que arrojó a las aldeas un gran número de desocupados.

La falta o la debilidad del trabajo revolucionario en el campo no les había mostrado aún la manera de luchar de manera efectiva contra los poderes opresores. El partido bolchevique tenía, por entonces, muy poco contacto con el campo (ver Yaroslavski, "Historia del partido bolchevique", p. 130, ediciones Europa-América, París-Buenos Aires, sin fecha y sin nombre de traductor), y aunque a algunas aldeas llegaban sus folletos y su periódico, el campesino no había comprendido todavía que en la lucha por su liberación no puede contar con otro aliado que el obrero. El famoso "domingo sangriento" del 9 de Enero de 1905 vino a demostrar hasta donde llegaba el candor campesino, su ignorancia política y su extremada blandura. Conducidos por un pope, Jorge Gapón — a sueldo de la policía —, miles de manifestantes entre los cuales había mujeres y niños, al aire los estandartes y los cánticos religiosos, se encaminaron al Palacio de Invierno de San Petersburgo para solicitar del Zar el fin de sus desdichas. "Nosotros, obreros y habitantes de la ciudad de San Petersburgo — decía la petición —, nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestros ancianos padres desamparados, nos dirigimos a ti, Señor, en busca de verdad y defensa". A pesar de conocer sobradamente los fines pacíficos de la manifestación, el zarismo respondió a los ruegos con la matanza más horrible: un millar de muertos quedó frente al palacio.

La última ilusión desapareció así entre las balas y la sangre: el estado y el Zar eran también instrumentos al servicio de los poderosos. Bien merecía esta verdad el sacrificio de tantas vidas: el domingo "sangriento" fué también el domingo de la "resurrección". Por vez primera conocieron los campesinos qué intereses defendía el Zar; por vez primera comprendieron que la libertad no se logra ni con peticiones ni con cánticos.

Ese advenimiento del campesino a la conciencia de clase termina con su evangelismo patriarcal y su impotencia. Que es como decir, lo aleja de Tolstói y de su espíritu. Intérprete genial de las masas campesinas anteriores al despertar de la conciencia revolucionaria, Tolstói ha pintado con un realismo magnífico a los enemigos de esas masas que eran también los suyos: desde el Estado policiaco que en 1862 le saqueó y clausuró su escuela de Yasnaia Poliana, hasta la Iglesia Ortodoxa que en 1901 le lanzó los rayos de la excomunicación. Pero ha expuesto ade-

más, como reformador y profeta, las mismas ingenuidades campesinas que adoptó como propias: la negación de la política, "las albondigas de arroz", el evangelio del amor universal, la no resistencia al mal. "La rebelión venga de donde venga — dijo — es absurda y criminal". Nada de acciones de masas ni de movimientos colectivos: la luz está en la conciencia individual de cada hombre; a Dios no es posible llegar sino en la soledad.... Por eso, subraya Lenin, Tolstói es magnífico como crítico; Tolstói es ridículo como reformador.

Vocero del campesinado en la etapa preparatoria de la revolución, Tolstói sólo puede enseñar a los obreros su crítica implacable del Estado explotador. El proletariado se apropiará de esa herencia y la incorporará a su cultura; y aunque rechazará como ajeno a la Revolución el tolstoinismo sensiblero y gemebundo, no por eso dejará de comprenderlo como "reflejo" de las debilidades que llevarán al fracaso a la revolución burguesa campesina de 1905. En la herencia que el proletariado ha recogido entre todas las grandes obras del pasado, sobrevivirá la protesta de Tolstói, pero no su desesperación.

En la página 56, Lenin se refiere a la "villanía repugnante" del Santo Sínodo que después de excomulgar a Tolstói envió en secreto varios popes junto al moribundo para obtener de alguna manera la reconciliación del insigne novelista. Por circunstancias especiales estamos en condiciones de conocer hoy, mucho mejor que lo que Lenin podía saberlo en esa época, las idas y venidas de la Iglesia junto a Tolstói moribundo. Sabido es que, decidido a realizar por fin un proyecto que le tentaba desde hacía muchos años, Tolstói abandonó su hogar en la madrugada del 28 de Octubre de 1910: huyendo de su esposa que lo martirizaba con sus "escenas" y sus celos, y de varios hijos que no lo comprendían. Acompañado de un médico, llegó en secreto al monasterio de Optina en donde pasó la noche. Al día siguiente continuó el viaje hasta el monasterio de Chamardino en donde vivía como monja su hermana María. Durmió allí sin agitación visible, y en la mañana del día 30 recorrió las aldeas vecinas en busca de un lugar apropiado para terminar su vida en la soledad. Por la tarde de ese día, llegó su hija Alejandra — su única colaboradora cariñosa — para anunciarle que la condesa Tolstói después de una nueva "tentativa" de suicidio — la quinta o la vigésima — había puesto en movimiento a medio mundo para lanzarse en persecución del fugitivo. Tolstói, Alejandra y el doctor Makovitski partieron entonces hacia el Sur, en dirección tal vez del Cáucaso. Durante el viaje en ferrocarril, Tolstói enfermó de neumonía. El doctor Makovitski dispuso que se hiciera descender al enfermo en la primera estación. Era esta la aldea de Astapovo; miserable villorrio tan desprovisto de comodidades que el enfermo debió ser alojado en la misma estación, en el departamento del jefe, que lo cedió. Durante una semana el mundo estuvo pendiente de la agonía del gran hombre; durante una semana el telégrafo fué el único lazo de unión entre Astapovo y el mundo. Las copias de esos telegramas, conservadas en los archivos, fueron encontradas por los Soviets y reunidas en un volumen que editó la Biblioteca Lenin de la U. R. S. S., en 1929. (El libro se llama "Documentos inéditos sobre la muerte de Tolstói". El año pa-

ñado, Vladimiro Pozner lo tradujo al francés, le añadió numerosas notas extraídas sobre todo de los diarios íntimos de Tolstói y de su esposa, y lo animó con discreto colorido. Su libro lleva el título de "Tolstói est mort", editor Plon, París, 1935).

La lectura de dichos telegramas permite ver en sus menores detalles la complicada malla que fué formando junto al lecho del enfermo, el gobierno y la policía, el clero y los parientes, el periodismo y el cinematógrafo. Nada falta allí: desde el admirador anónimo que aconseja para el enfermo determinados remedios de la medicina empírica, hasta las precauciones del gobierno que en previsión de desórdenes envía "carabinas y cartuchos"; y desde los patrones de los grandes rotativos que exigen para sus diarios los detalles más triviales, hasta el enviado de "Pathé Frères" que lleva la orden de fotografiar a las personalidades conocidas y de "obtener el nombre de la estación en primer plano". . . . Todo ese mundo, con ser riquísimo, no es sin embargo el que más nos interesa. Lenin ha hablado de la "villanía repugnante" del Santo Sínodo, y esa es precisamente la que los telegramas documentan.

Tan pronto se supo en la capital la llegada de Tolstói a Astapovo y su enfermedad sin esperanzas, el obispo metropolitano de San Petersburgo envió al excomulgado un mensaje telegráfico conjurándolo a reconciliarse con la Iglesia. Como el telegrama no tuvo respuesta, se anunció que Su Gracexia Monseñor Cirilo, obispo de Tambov, y el monje Yossif, del convento de Optina, se llegarían hasta el enfermo para exhortarlo a bien morir. La hija Alejandra, respetuosa de las ideas de Tolstói, no ocultó su voluntad de no admitirlos. La policía se puso, entonces, al servicio del clero: el subjeje de Policía, que se había trasladado a Astapovo, consultó al ministro del Interior sobre si debía ponerse en relaciones con la hija de Tolstói "para obtener la admisión del padre Yossif". Casi al mismo tiempo, llegaron a la aldea el superior del convento de Optina, Varsonof, y el archidiácono Panteleimón. Declararon, por supuesto, que su viaje no obedecía a instrucciones del Santo Sínodo. Por pura casualidad habían descendido en Astapovo; iban a una peregrinación, cuando supieron que Tolstói estaba enfermo. Por unas horas, decidieron entonces detenerse; los desigmos de Dios son impenetrables, y por algo el Altísimo lo había guiado a Tolstói hasta allí. Los telegramas a decir verdad, manifiestan lo contrario. "Por órdenes del Santo Sínodo — informa el monje Varsonof al obispo de Nikodim — he llegado hoy a Astapovo para reconciliar al conde Tolstói con la Iglesia". Y en otro despacho al archimandrita Kozelsk, el mismo monje informa: "Estudio las posibilidades de llegar hasta el conde". . . .

Las posibilidades no eran muchas. Como ni la hija ni los médicos le permitían el acceso, Varsonof se propuso persuadir, primero, a una sobrina; a uno de los hijos, después. Los fracasos se repitieron. Pero el enviado del Santo Sínodo no estaba dispuesto a ceder.

Tolstói era un enemigo poderoso, con discípulos que se contaban por millares. Antes de morir era necesario que reconociera sus errores respecto de la Iglesia. No importaba que se confesase o no; que hablase poco o mucho. A la Iglesia le bastaría

un simple gesto del moribundo para concluir de ese modo con su peligroso ejemplo. El "humilde monje Varsonof" lo comunica así al obispo Kaluga: "Los médicos no admiten a nadie. Tengo esperanzas en el final de la crisis". La crisis se acercaba, en efecto. Campesinos y obreros silenciosos, rodeaban la estación en un abrazo cálido. Y mientras arribaban más periodistas y fotógrafos, más brigadieres y cartuchos, la Iglesia preparó la última ofensiva: Su Eminencia Parfeni, obispo de Tula y de Belev, partió él también para Astapovo. Cuando llegó, el 7 de noviembre, a las 9 de la mañana, hacía tres horas que Tolstói había fallecido. Desolado, el monje Varsonof le informó que había hecho lo imposible por llegar hasta el enfermo, sin lograrlo.

La batalla no estaba perdida, sin embargo. Todo podía ser reconquistado si se lograba que un miembro de la familia consintiera en declarar que le había escuchado al moribundo desear de reconciliarse con la Iglesia. Nuevas visitas, nuevas intrigas, nuevas presiones. Todo inútil. Lo dijo el jefe del Departamento de Policía al ministro del Interior: "La misión de Su Eminencia Parfeni no tuvo éxito: ningún miembro de la familia ha creído posible certificar que el muerto (sic) hubiera expresado el menor deseo de retornar al seno de la Iglesia". Y así murió Tolstói, sin Oficio de los Muertos, a pesar de las "villanías" del Santo Sínodo".

* * *

El estudio de Mondolfo, profesor en Bolofia, viene a resultar, en cierto modo, un esclarecimiento histórico de la concepción crítico-práctica de Marx tal como fué expuesta sobre todo en la tercera tesis a propósito de Feuerbach y en una nota de "El Capital". La tesis tercera sobre Feuerbach realca este hecho de una importancia decisiva: el hombre no es un producto pasivo de su ambiente. Contra la creencia común en los materialistas del siglo XVIII, afirma Marx que todo lo que se realiza en el hombre, todas las modificaciones del hombre, no son únicamente la consecuencia de la acción de la naturaleza sobre él, sino y sobre todo de su acción sobre la naturaleza. Con esto de original y de propiamente humano; que al actuar sobre la naturaleza y transformarla, modifica no sólo las condiciones de su existencia sino que al propio tiempo se transforma él mismo. Ese carácter de "autotransformación" — esencial en el marxismo — da a la doctrina su carácter crítico-práctico: la realidad no se comprende, no es aprehendida totalmente, sino actuando sobre ella.

La nota de "El Capital" a que hicimos referencia (está en la página 9 del tomo III, en la traducción de Molitor, editor Costes, París, 1924) insiste sobre el carácter activo de la historia humana y de sus relaciones con la técnica. Darwin ha llamado la atención sobre el desarrollo de los órganos de los animales como instrumentos de producción necesarios a su vida (tecnología natural). Marx insiste en la necesidad de estudiar el desarrollo de los "órganos productivos del hombre social" (tecnología humana) como base de toda organización social particular. "La tecnología — añade — revela la actividad del hombre frente a la naturaleza, el proceso inmediato de producción de su vida, y por

consiguiente sus condiciones sociales y los conceptos intelectuales que derivan". En la tesis tercera sobre Feuerbach, Marx destacaba su concepto crítico-práctico de la historia; en la nota de "El Capital" pasa a primer plano el modo que tienen los hombres de dominar a la naturaleza. En las dos, el hacer y el conocer, el vivir y el interpretar aparecen en dependencia recíproca.

Mondolfo dice bien que semejante interpretación sólo puede haber nacido en un filósofo que fuera al mismo tiempo hombre de acción, y en una época con decidida voluntad de transformación. Se pregunta por eso si en otras edades con ritmo de renovación no aparecieron aquí y allá, los gérmenes de una concepción también crítico-práctica. La época en la cual se ha detenido se presta de un modo feliz para probar su tesis: casi todas las grandes figuras del Renacimiento fueron ingenieros o estuvieron en estrecho contacto con las técnicas. (Véase Henri Migneur, *La mécanique et l'astronomie*, en "A la lumière du marxisme", pág. 56 y siguientes, Editions Sociales Internationales, París, 1935). ¿Qué tiene de extraño, pues, que los ideólogos de la burguesía en ascenso — Bruno, Bacon, Espinosa — sistematizasen en esa época las aspiraciones y las exigencias difundidas en su clase hasta convertirlas en un arma de lucha contra el feudalismo? La idea del progreso que se afirma orgullosa por entonces, ¿no implica una actitud a la vez de interpretación e innovación? Los textos de Bruno, Bacon y Espinosa que Mondolfo aporta no pueden ser más demostrativos. Para asimilar lo mejor del pasado, decía Bruno, hay que vivir "vivos" los años propios. ¿No estaba ya en eso el problema de la "herencia cultural" que Lenin nos ha mostrado a propósito de Tolstói? En la manera de oponerse al feudalismo, que la burguesía negaba para superarlo — que negaba al modo dialéctico, sin anular ni destruir —, ¿no se observa una situación lejanamente similar a la que asume hoy el proletariado victorioso frente a la burguesía moribunda?

La creencia en que los resultados positivos que el pasado nos transmite se convierten en instrumentos que acrecientan la potencia para preparar el porvenir, pasa y repasa como un tema insistente en esa sinfonía en honor de las fuerzas del hombre que fué el Renacimiento. Con palabras de un acento moderno resucenan a través de Bruno y Bacon, y adquieren en el párrafo sobre el hombre y el martillo de Espinosa una proximidad casi inmediata al pensamiento de Marx. El hombre se crea y se forja a sí mismo al modificar las condiciones exteriores de su acción. Ya no son como en el animal sus órganos los que cambian, sino de un lado los útiles y las cosas; del otro, sus ideas y sus sentimientos.

Para luchar con los cambios del clima no es su piel con sus pelos los que se modifican; son su vestido y su casa. La transformación corporal ("tecnología natural") desaparece o se vuelve inapreciable; el desarrollo técnico adquiere en cambio el desarrollo prodigioso que ha hecho del hombre, al decir de Franklin, "un constructor de instrumentos". Y de instrumentos en el doble sentido que Bacon y Espinosa les asignan: los de eficacia teórica y los de eficacia práctica.

"La Comuna nació espontáneamente, nadie la había preparado consciente y metódicamente. Una guerra desdichada con Alemania, los sufrimientos del sitio de París, el paro forzoso del proletariado, la ruina de la pequeña burguesía, la indignación de las masas contra las clases superiores y las autoridades, que habían dado prueba de su incapacidad total, una fermentación confusa en la clase obrera descontenta de la situación y que aspiraba a otro régimen social; la composición reaccionaria de la Asamblea Constituyente, que era un peligro para la república, son los factores que, con algunos más, se reunían para empujar a la población de París hacia la revolución del 18 de Marzo. Esta revolución hizo que, inopinadamente, pasara el poder de las manos de la guardia nacional, a las manos de la clase obrera y de la pequeña burguesía que se había unido a ella".

Así resumía Lenin, en el cuarenta aniversario de la Comuna, los principales factores que prepararon el triunfo de la Revolución y que la llevaron después a la derrota. El carácter espontáneo que tuvo el movimiento, y que explica su irrupción incontestable, fué precisamente también una de las causas obligadas de su fracaso. "Para que una revolución social pueda triunfar — continúa Lenin — son necesarias, por lo menos, dos condiciones: el nivel elevado de las fuerzas productivas y la preparación del proletariado. Las dos condiciones faltaban en 1871. El capitalismo francés estaba todavía poco desarrollado y la Francia de aquella época era ante todo un país de pequeña burguesía (artesanos, campesinos, pequeños comerciantes, etc.). Por otra parte no existía partido obrero, y la clase obrera en su conjunto no tenía tampoco una idea muy clara de sus fines y de los medios de alcanzarlos; carecía de preparación y de entrenamiento adecuado. No había organización política seria del proletariado, ni fuertes sindicatos, ni grandes cooperativas" (Lenin, "A la memoria de la Comuna", en la "Rabotchia Gazeta, Abril 15 de 1911).

Fuera de escasísimos "communards" afiliados a la Internacional, los más sólo tenían por doctrina algunas consignas confusas de inspiración blanquista o proudhoniana; es decir, la tendencia al sectarismo por un lado, y al "socialismo" apolítico y artesano, por el otro. Por las frases de Courbet, que Dommanget recuerda (págs. 79-80), puede sospechar el lector la mentalidad de muchos de los hombres de la pequeña burguesía que participaron en la revolución: charlatanismo grandilocuente junto al arrebato estéril. Que Courbet haya participado o no directamente en las obras de voltear a la columna Vendôme — de "déboulonner" como él decía, con ese amor tan suyo por las palabras nuevas — no es asunto que tenga importancia hoy para nosotros (véase Pierre Borel, "Gustave Courbet et la colonne Vendôme", en "Les oeuvres libres", Diciembre 1921, editor Fayard, París); por otra parte, era ese un proyecto que había sido enunciado mucho antes de la Comuna, bajo el gobierno de la Defensa Nacional, y que no había encontrado en esa oportunidad el más mínimo reproche, dada la atmósfera de odio a todo lo que pu-

diera representar "bonapartismo". Lo importante es que dos años después de la Comuna, en una carta a un amigo, Courbet declara que había intervenido en la revolución porque "era pacífica y de propaganda, lo que explica mi participación"... (Idem, pág. 277).

Si ese testimonio basta para imaginar las vacilaciones de muchos de los más altos miembros de la Comuna, nos parece suficiente además para comprender porqué Courbet, según la declaración un poco exagerada de su hermana Zoé, "vivió durante la Comuna bajo la amenaza de ser fusilado por reaccionario" (p. 268). Mientras por un lado, la pequeña burguesía no se decidía a avanzar del todo; por otro, los obreros resueltos no sabían a ciencia cierta a donde ir. El Comité Central de la Guardia Nacional, que abrió el camino a la Comuna, era un consejo de soldados en que estaba representado la pequeña burguesía y el proletariado; pero no era ni podía serlo — por las razones expuestas más arriba por Lenín — la vanguardia revolucionaria del proletariado. Sin un partido propio que le marcará el rumbo; sin una conciencia de clase suficientemente alerta, el proletariado de París tuvo que aceptar la batalla que él no había iniciado, muchos años antes de haber logrado la madurez. ¿Cómo se explicaría de otro modo los errores que cometió? Desde no haberse apoderado del Banco de Francia, hasta haber creído imposible que la burguesía se atreviera a bombardear "nada menos que a París": ¿como si la burguesía cuando defiende su derecho a explotar pudiera ser detenida por algún escrúpulo! Por defender ese derecho, la burguesía había capitulado ante Prusia, humillando a Francia con la traición más vil. Después de haber desencadenado una guerra desdichada, no tenía ahora otro pensamiento que el de desarmar cuanto antes a los obreros de París; a esos obreros que tomaron en sus manos la resistencia a los prusianos en el preciso instante en que el jefe del Estado Mayor confesaba en voz baja con cinismo: "no podemos defendernos, estamos decididos a no defendernos" (Lissagaray, "Historia de la Commune de París", p. 84, traducción R. Marin, editorial Cent, Madrid, 1931). Asquada de una burguesía que había envilecido a Francia, y que andaba ahora llorándole a Bismarck que le devolviera sus ejércitos cautivos para lanzarlos sobre su capital, la Comuna tomó en sus manos el poder.

En 1831, los obreros dominaron durante diez días a la ciudad de Lyon, pero no supieron timonear la barca. (Ver Pierre Froment, "L'insurrection ouvrière de Lyon en 1831", Bureau d'Éditions, París, 1931). Entre tumbo, es verdad, pero con rumbo cada vez más firme, la barca de la Comuna de París avanzó durante setenta y dos días ante el asombro confesado del mismo Favre. La prensa burguesa no le perdonó jamás a la Comuna ni el ejemplo peligroso de su capacidad ni el carácter eminentemente popular del comité que la había impuesto. A ese reproche, el Comité Central lo recogió con orgullo, en la proclama del 20 de Marzo: "uno de los más grandes motivos de cólera que abrigan contra nosotros — decía — es la obscuridad de nuestros hombres"... Hombres "obscuros" instauraron la Comuna, mucho

antes que hombres ilustres se adhieran a ella: desde el novelista Vallés y el geógrafo Reclus, hasta el pintor Courbet y el poeta Rimbaud; hombres oscuros inspiraron su obra y supieron morir en su defensa cuando la traición abrió las puertas de París.

Durante los dos meses del poder obrero, ¿qué ocurrió en la Instrucción Pública? La mejor historia de la Comuna que poseemos, obra de un testigo y de un actor — el libro ya citado del filólogo Lissagaray — es un poco injusta en este caso. "La delegación de la Enseñanza — dice — no ha dejado nada que pueda servir como testimonio de su actuación ante el porvenir" (p. 285). No era de esa opinión un contemporáneo ilustre, Carlos Marx, que a pocos días de instalada la "Commune" saludó a los obreros de París con esta frase magnífica: "La historia no conoce otro ejemplo semejante de análoga grandeza" (Marx, "Lettres à Kugelmann", pág. 162, traducción de Rosa Michel, "Editions Sociales Internationales", París, 1930). En el preciso análisis que Marx consagró a la Comuna (hay una traducción española, de la biblioteca N. E. O., Buenos Aires, 1933), se hace plena justicia a la obra educacional del poder obrero de París. Alejado de los sucesos; sin las impacencias explicables en Lissagaray, Marx pudo escribir con razón: "Todos los establecimientos destinados a la Instrucción se abrieron gratuitamente al pueblo, librándolos al mismo tiempo de la intervención de la Iglesia y del Estado. De modo que no sólo se puso la educación al alcance de todos, sino que hasta la ciencia misma fué desligada de las trabas que las preocupaciones de clase y la fuerza gubernamental la habían rodeado" (p. 37). En igual sentido, y con palabras similares, Lenín aplaude la obra educacional de la Comuna. (El artículo de Lenín, ya citado, va como apéndice a la edición que la Biblioteca N. E. O. hizo entre nosotros de "La Comuna" de Marx. Ver pág. 72). Pero lo que en Marx y en Lenín no son más que apreciaciones de conjunto, adquiere en el trabajo de Maurice Dommanget, que "Dialéctica" publica hoy, la documentación circunstanciada.

Si sobrecargar excesivamente su trabajo, Dommanget nos muestra, entre el desorden y la improvisación de la Comuna, los propósitos de educación que la dirigió. En su monografía, sin embargo, se percibe apenas como un rumor lejano la verdadera situación de la ciudad revolucionaria. Hay que tener frescas las páginas hermosas de Lissagaray — hermosas por el fervor, el arrebato y la cólera — para reconstruir de modo aproximado el escenario real en que ocurrían los sucesos que Dommanget nos narra. Todo lo que en materia de instrucción pública — educación primaria, superior, artística, bibliotecas, museos — realizó la Comuna, adquieren un significado muy distinto si se los enumera friamente o si se los inserta en el ambiente que los explica y comenta: entre el bombardeo y el aislamiento; entre el sabotaje y la traición. Desde que se instaló hasta que fué "fusilada", la Comuna no dejó de ser, en cierto modo, "una barricada". Y eso, que era explicable para su época, es lo que ahora nos parece el motivo que la condujo a la caída: el proletariado de París se detuvo a la mitad de su camino, y en vez de llevar a fondo su revo-

lución—como en otro tiempo lo hizo la “Comune” burguesa de 1792—, quemó solemnemente la guillotina ante la alcaldía del distrito XI...

Esos revolucionarios “entregados al pillaje y al incendio”; esos bárbaros peores que las hordas de Alarico; esos “petroleiros” que la burguesía había inventado entre un torrente de calumnias, perdieron la batalla en gran parte, por su magnanimidad. Y asombra comparar la vida cultural que París desarrolló en “plena barricada”, con lo que ocurrió tan pronto Monsieur Thiers pudo masacrar a los obreros. Veinte mil “federados” muertos, según la cifra admitida por los documentos oficiales, dará una idea de lo que fué aquello bajo “el orden” burgués. El mismo día en que Paul Bourget, testimonio insospechable, vió a los soldados de la burguesía destrozando a culatazos la cabeza de los heridos (ver “Le Temps”, Diciembre 13 de 1895), Monsieur Thiers — “la más perfecta representación de la corrupción de su propia clase” — declaraba en la Asamblea Nacional, levantando en alto sus manos sangrientas: “Nuestros valientes soldados se conducen de un modo digno de la más alta estima y de la máxima admiración del extranjero”....

Hay que tener presente lo que ocurrió durante la Comuna y después de la Comuna, para fijar en su alcance aproximado todo lo que hizo el poder obrero y todo lo que quiso hacer. Lejos de traicionar el juramento prestado al pueblo auténtico en medio de un entusiasmo desbordante, bajo el busto de la República resplandeciente de rojos haces, el Primer Poder Obrero que la historia conoce protegió la cultura, defendió los museos, alentó a los artistas y a los sabios, abrió las escuelas para todos, afirmó la necesidad de la enseñanza integral... Si es verdad que alguien sentenció cierta vez que “Revolución no necesita sabios”, no ha sido precisamente el poder obrero quien lo dijo. El lector está en condiciones de afirmarlo después de haber leído el ensayo de Dommanget que publicamos. Puedo decirlo yo también ahora que recuerdo, entre las tantas emociones que le debo al París actual del “Frente Popular”, un mitin clamoroso en la sala de la Mutualité, en que se codeaban los obreros y los sabios. Volvía yo de la Alemania parda, asfixiada y exangüe bajo el terrorismo de la gran industria, con sus universidades convertidas en cuarteles y sus sabios perseguidos y vejados. Entraba ahora al recinto rumoroso en que un enorme cartel—de pared a pared—gritaba con la voz de los obreros: “La ciencia y el arte están con nosotros”.

DIALÉCTICA

BIBLIOTECA Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES
ARGENTINA

Paralelamente a la revista, una biblioteca de autores extranjeros y nacionales completará con ediciones económicas, pero pulcramente presentadas, la vasta obra de cultura que nuestra empresa inicia.

PRECIO DEL VOLUMEN
SIMPLE: 0.50 CTS.

Dividida en seis secciones,
- Polémica, Teoría, Historia, Nuestra América, Los Precursores, Los Filósofos, - nuestra biblioteca comenzará la serie publicando en breve plazo los siguientes volúmenes:

PRECIO DEL VOLUMEN
DOBLE: \$ 1.00

SERIE «POLEMICA»: LAFARGUE.—Por qué cree en Dios la burguesía. (Agotado)

SERIE «TEORIA»: PLEJANOV. La concepción materialista de la historia. MARX. La cuestión judía. (Apareció)

SERIE «HISTORIA»: MATHIEZ. Danton. KAUTSKY. La lucha de clases en Francia en 1789.

SERIE «NUESTRA AMERICA»: AGOSTI. Crítica de la reforma universitaria.

REMITASE EL IMPORTE EN
CHEQUE POSTAL A NOMBRE
DE „DIALÉCTICA“



edInci